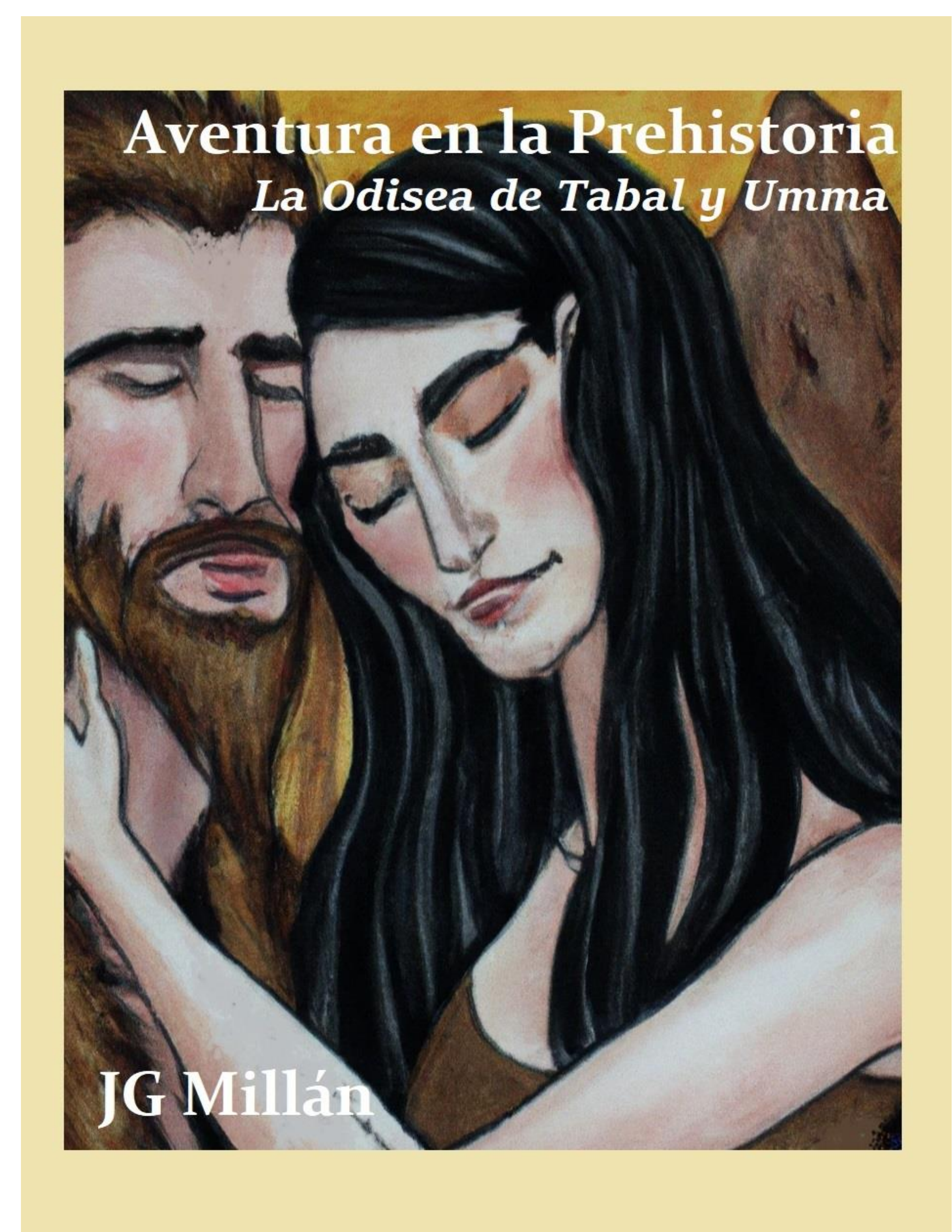


La odisea de Tabal y Umma – Una aventura en la prehistoria

Índice

Prefacio
Primera parte
Segunda parte
Epílogo
Nota del autor

Prefacio

Hace muchos miles de años, la Humanidad se encontraba ante una encrucijada que amenazaba su propia existencia y cuya resolución marcaría un antes y un después en la Historia. En un ambiente de barbarie y de crueldad, en el que las mujeres eran un mero objeto de intercambio y donde sobrevivir al día siguiente era todo un logro, también había espacio para los sentimientos y para el amor.

En un mundo lleno de brutalidad y abocado a la extinción, una pareja de adolescentes tendrá en sus manos el futuro de la Humanidad. Se verán abocados a tomar una trascendental decisión que cambiará sus vidas y las de sus descendientes, para siempre.

PRIMERA PARTE

Avistamiento

La tribu avanzaba lentamente formando una hilera a través de la estepa. El jefe, siempre delante, marchaba con la vista fija en el horizonte portando sus armas: dos lanzas de madera de acacia con puntas de sílex, otras dos más de madera de tejo, dos afilados cuchillos elaborados a partir de las costillas de un búfalo, y un par de hachas de mano también realizadas con sílex.

El primer hombre detrás de él marchaba a corta distancia y portaba un equipamiento similar, además de arrastrar un pesado fardo de pieles con algunos enseres. Más allá seguían tres mujeres que también marchaban en fila india, aunque a corta distancia entre ellas. Las tres llevaban bebés en uno de los brazos, mientras que con la otra mano agarraban a otros niños que a su vez sujetaban a otros. Les seguían otras dos mujeres jóvenes, sin niños, y cerraban la famélica comitiva tres hombres, dos de los cuales hablaban entre sí.

Entre el jefe y el último de los individuos, bien podría haber una distancia de unos cien pasos.

El sol del mediodía se desplomaba inclemente sobre sus cabezas, y eso había hecho que se quitaran las pieles y las llevasen atadas a la cintura. Todos marchaban así, incluidas las mujeres, excepto una de ellas, que, a pesar del calor, permanecía con el pecho cubierto.

Algunos buitres ya sobrevolaban la zona, en silencio, presintiendo el fatídico desenlace de una tribu que se encontraba francamente en las últimas. Tan solo el llanto de los pequeños parecía perturbar la quietud de la tarde estival.

Pero no estaban solos. Allá, sobre la cima de la aguja rocosa escarpada que el viento había modelado durante eones, otros dos hombres los vigilaban de cerca.

—Es Samman. No me cabe la menor duda —dijo uno de ellos, mientras el otro asentía.

—¿Por qué habrán vuelto? —preguntó este último.

—No encontraron caza, Tabal. Las tierras del sur deben ser todavía más áridas.

Los dos callaron durante unos instantes y siguieron observando.

—¿Por qué van tan dispersos? Si les atacaran las fieras, estarían perdidos.

—Están exhaustos —respondió Unnum—; ya les da todo igual. Mejor morir rápidamente, que devorados por el hambre y la sed.

El chico contempló el lento y desganado caminar de la tribu y las cabezas encorvadas confirmaban lo que había dicho su jefe. Después añadió:

—No creo que lleguen vivos a la siguiente luna si no encuentran agua.

—Ajá —asintió—. ¡Pero la encontrarán! Se dirigen directamente a nuestro pozo. ¡Vamos!

—¿A dónde?

—A matar de una vez a ese mal nacido.

—¿Por qué, Unnum? Podrías hacer las paces con él. Cuantos más hombres seamos, más posibilidades tendremos de sobrevivir.

—¡Vamos! —insistió el jefe, y Tabal no tuvo más remedio que obedecer.

Los dos corrieron hacia donde estaba el resto de la tribu, y el joven muchacho, más sensato que su jefe, no paraba de pensar en el error que sería luchar contra aquellos hombres. No por el riesgo de derrota, ya que ellos los superaban en número, sino por la conveniencia de

aumentar los efectivos de la tribu en un momento en el que ellos mismos ya habían perdido a bastantes miembros. Cuanto más numeroso fuese un clan, mayores posibilidades de sobrevivir en un mundo plagado de fieras salvajes, y también mejores y más efectivas formas de acorralar a las piezas de caza.

Pero no. Unnum no perdonaba a su hermano por aquella ofensa, y ahora veía la ocasión propicia para ajustar cuentas.

Tabal seguía corriendo, pero no cesaba de mirar hacia los lados. Ahora atravesaban un pequeño bosque de acacias, el mismo por el que habían pasado cuando llegaron a aquella cumbre. Más de una vez los tigres con dientes de sable se apostaban por aquellos lugares, y su instinto cazador le informaba de que por allí había alguno. Fue toda una imprudencia aventurarse los dos solos por allí, y eso le hizo pensar de nuevo en la conveniencia de fusionarse con aquella gente. Cuando atacaban las fieras, si no había fuego de por medio, lo mejor era juntarse todos como una piña, con los niños en el centro bien cubiertos, y golpear el suelo y gritar con todas sus fuerzas para que el animal pensase que eran un solo individuo y creyera que no podría tener éxito en un ataque. Era una estrategia que solía funcionar casi invariablemente, aunque fueran varios los atacantes. Bastaba con mantenerse unidos hasta llegar a un lugar elevado o a una cueva.

Afortunadamente, no se encontraron con ningún tigre, aunque Tabal pudo oír el gruñido de un oso en la lejanía.

Por otra parte, tampoco ese era un buen momento para comenzar una guerra, con todos los miembros de la tribu acampados en aquel oasis. Lo normal hubiera sido que las mujeres y los niños se hubieran quedado en la cueva para estar a salvo de las fieras mientras los hombres luchaban. Era lo habitual durante las jornadas de caza. Marchar antes de salir el sol en busca de presas para intentar acorralarlas, y si escapaban, se las perseguía sin descanso hasta que las bestias, exhaustas, se dejaban matar.

Era toda una suerte, pensó Tabal, que Báloc, el dios principal de los cielos, hubiera dotado a los hombres de la resistencia en la carrera. Los herbívoros eran más rápidos, pero se cansaban antes. Perseguir a un venado o a una gacela durante mil pasos no daba ningún fruto, pero el animal se tenía que parar necesariamente a descansar al cabo de ese tiempo. Mientras tanto, los hombres iban recuperando la ventaja, hasta que, ya cerca, el bicho retomaba la carrera y tomaba otra ventaja. Y así, con perseverancia, la presa cada vez tenía que pararse a descansar más a menudo y los hombres se acercaban cada vez más, y más y más… hasta que el animal ya no podía dar un solo paso y caía desplomado en el suelo víctima de un paro cardíaco. La persecución podía durar toda una mañana o a veces incluso todo el día. Pero a Tabal no le importaba correr. Habitualmente era él quien solía encabezar las carreras y quien acertaba el lanzazo mortal en el cuello de la presa si es que aún seguía viva. Lo peor era arrastrarla después hasta la cueva para que el resto del clan pudiera comer. Esa era la parte más tediosa de su oficio, y la razón por la que las tribus deberían de ser más grandes.

Cuando él era niño, su tribu lo era. Las mujeres y sus hijos, junto con un pequeño contingente de guerreros, seguían a los cazadores y se incorporaban a ellos para comer las presas en el lugar donde se cazaban. No importaba que llegaran al día siguiente. Allí estaba la carne esperándolos a todos.

Pero ahora atravesaban una mala época por la escasez de hombres. Todos debían seguir a las presas, pues todos eran necesarios para cercar y acorralar a los animales. Y eso dejaba indefensas a las mujeres y a los niños, que debían permanecer en las cuevas a salvo de las bestias salvajes.

Por si fuera poco, la sequía duraba ya demasiado tiempo y las presas escaseaban. Las jornadas de caza eran cada vez más largas y las mujeres y sus hijos debían subsistir mientras tanto con los escasos frutos que estas recogían aquí y allá, mientras llegaban los hombres con la carne fresca.

La que fuera la numerosa tribu de Calem, el padre de Unnum y Samman, se había reducido a menos de la mitad a causa del hambre, y también, por qué no decirlo, por las incesantes guerras que los hermanos mantuvieron entre sí.

Tabal iba a luchar ahora contra aquellos que en su día fueron miembros de su propio clan, y no solo iba a hacerlo contra su voluntad, sino que también lo haría contra el sentido común y sin ninguna lógica, solo por unas antiguas rencillas familiares que el tiempo había más que olvidado.

Pero no le quedaba más remedio que hacerlo. En aquella época remota, la vida y la muerte acompañaban en todo momento tanto a los hombres como a las mujeres, y nadie estaba seguro de si vería el próximo amanecer. Luchar o morir, salvarse o perecer, ese era el dilema diario al que se enfrentaba la Humanidad, con el único objetivo de sobrevivir al día siguiente.

La guerra

No habían bebido ni dos sorbos de agua cuando se les echaron encima. Dos de los hombres murieron en el acto cuando golpearon sus cráneos a la altura de la nuca con sendas hachas portadas por los hombres que les sorprendieron por detrás. Los otros dos y el jefe reaccionaron a tiempo y esquivaron los golpes, aunque uno de ellos también murió antes de poder alcanzar sus armas. Cuando Samman y su lugarteniente agarraron las suyas, Unnum comprendió que la guerra estaba ganada, aunque la última batalla no sería fácil. Su hermano era un hombretón inmenso que se deshizo sin mayores dificultades de los dos guerreros que lo sujetaban, mientras se disponía a destrozar con su hacha la cara de su hermano, a quien tenía enfrente. Pero este era también ágil de movimientos y con una finta consiguió driblarlo y con una zancadilla lo derribó. Sin embargo, no pudo hincarle su lanza como pretendía. El lugarteniente repelió su ataque y agitó la suya contra los cinco hombres que les asediaban para que su jefe consiguiera levantarse. Se inició entonces una pelea a muerte que malhirió a alguno de los hombres de Unnum, estando Tabal entre ellos. Pero Samman y su compañero no pudieron hacer nada contra la superioridad numérica de sus contrincantes, y tras matar al último de sus compañeros, acorralaron al jefe y lo separaron para que Unnum pudiese matarlo a placer.

—Esto es solo entre tú y yo, hermano —dijo el hombretón, a la desesperada—. ¿Es que no eres capaz de enfrentarte solo conmigo?

Los dos se miraron fijamente y Unnum hizo una señal a sus hombres. Estos se retiraron y dejaron solos en la refriega a los dos hermanos.

Nada más soltarse, Samman agarró una lanza y su hacha con la suficiente rapidez para que su hermano no lo golpease antes de hacerlo, cosa que estuvo a punto de hacer.

Pero este se revolvió a tiempo, y ahora los dos se mostraban frente a frente decidiendo quién atacaría primero. Los dos vestían un simple taparrabos y llevaban el pelo recogido con cuerdas formando una especie de moño, y aunque Samman era el mayor, su oscura y poblada barba aún no mostraba las incipientes canas que sí comenzaba a acusar la de su hermano.

Los músculos tensos de Unnum brillaban con un sudor brillante mientras sostenía su lanza, y los ojos se mostraban centelleantes y con determinación. Samman, igual de feroz, hizo varios amagos con su hacha en alto, listo para el ataque. El aire vibraba con energía, cargado de tensión, mientras los dos guerreros se estudiaban el uno al otro, buscando cualquier punto débil. El resto de los hombres guardaba un silencio sepulcral, tan solo roto por los gritos de las mujeres y los niños que observaban la escena detrás de los árboles.

Ya se habían enfrentado en el pasado con desigual desenlace, y conocían sus respectivas maneras de luchar. Pero habían pasado algunos años desde entonces, y el hecho de que aún siguieran vivos demostraba que habían aprendido técnicas nuevas.

Por fin, el silencio fue roto por el estruendo de las lanzas al intentar Unnum un ataque. Los dos hombres se empujaron, luchando por el control sobre el terreno áspero y polvoriento. La lanza de Samman zumbó peligrosamente cerca del rostro de Unnum, quien hábilmente se apartó a tiempo. Su contrincante solo tenía ahora su hacha, que era su mejor arma.

El combate se convirtió en una danza salvaje, con Samman y Unnum girando y esquivando, atacando y defendiéndose en una coreografía mortal. El sonido de las armas chocando resonaba como un trueno mientras los dos hombres luchaban por sobrevivir. Los músculos se tensaban, los ojos brillaban con ferocidad, y el sudor y el polvo se mezclaban en sus cuerpos.

Unnum pinchaba y pinchaba con su lanza, pero no conseguía clavarla más que en el aire, hasta que la perdió, tronchada con el hacha de Samman. Ahora ya estaban igualados en armamento, y el baile comenzó de nuevo.

Hasta que, con un movimiento hábil, Samman logró desarmar a Unnum de su hacha, enviándola volando por el aire antes de que cayera al suelo con un estruendo sordo. Unnum retrocedió momentáneamente, sorprendido por la habilidad de su oponente, y tropezó y cayó al suelo. Entonces Samman no dudó ni un instante. Se abalanzó sobre él y alzó el pedazo de madera y sílex para descargarlo sobre la cara de su hermano… cuando, de repente, se detuvo, encorvando su figura hacia atrás y dejando caer el arma al suelo. Su figura se inmovilizó como congelada y torció la boca, siendo solo capaz de volverse lentamente. Se giró, y las últimas palabras de su vida fueron: «¡tú, maldita bruja!».

A su espalda se encontraba una vieja enjuta y desdentada, vestida con los restos mugrientos de una piel de oso negro. La mujer acababa de clavarle un afiladísimo cuchillo de hueso en los riñones.

—¡Mal nacido! ¡Bastardo! —gritó la anciana, escupiéndolo—. Ya no volverás a robarle las mujeres a nadie.

Ulla, que así se llamaba la vieja, y que era la hechicera de la tribu, sonrió mientras el hombre se desplomaba en el suelo con un suspiro ahogado. A continuación, los hombres ayudaron a levantarse a Unnum, quien respiró aliviado. Había visto de cerca la muerte reflejada en los ojos de su hermano, y ciertamente tardó su tiempo en recomponerse. Durante unos instantes continuó con el pecho jadeante y los ojos centelleantes hasta que las mujeres comenzaron a salir de entre los árboles y se acercaron al resto de los guerreros.

El reparto

Nada más terminar la batalla, Ulla se esmeró en curar las heridas de los que habían luchado. Tabal tenía una contusión en la clavícula, propinada por el golpe del canto romo de un hacha y que afortunadamente no le rompió el hueso. La hechicera se esmeró en aplicar emplastes de hierbas en las heridas sangrantes de los demás y de realizar algunos conjuros y ritos sobre las lesiones más serias. Afortunadamente para ellos, ningún hombre de la tribu resultó muerto, algo bastante infrecuente. Probablemente fue debido al estado de extrema necesidad en el que se encontraban sus adversarios.

Pero la tribu de Unnum no estaba mucho mejor, y la anciana recriminó a los hombres por no haber dejado vivo a ninguno de los guerreros del clan de Samman. De haberlo hecho, podrían haberse comido a alguno tras los rituales pertinentes, a la salida de la luna. Pero estos habían de hacerse necesariamente cuando el cuerpo aún vivía, y por tanto, no les quedó más remedio que enterrarlos para evitar que el lugar se llenase de fieras. A ellas no les importaba comer carne no bendecida.

A continuación, llegó el momento del reparto de las mujeres capturadas. Durante la batalla, estas habían estado custodiadas por las hembras autóctonas del clan, que habían procedido a desnudarlas por completo y a agrupar las pertenencias de la tribu derrotada. Tomó la palabra Ladda, la favorita del jefe, quien diligentemente le relató el inventario de los materiales confiscados:

—Seis pieles de gacela, tres de venado y dos de bisonte. Un saco de fruta podrida, cinco cuchillos de hueso, dos lascas romas y tres afiladas, dos morteros y un pellejo de miel.

—¿Solo eso? —preguntó el jefe, que ya estaba recuperado.

—Solo. Y de mala calidad. Las pieles apenas tienen pelo y la miel está rancia.

—Está bien. ¿Algo más?

En ese momento apareció Shiba, otra de las hembras del clan vencedor. Esta se acercó al jefe y le mostró un saquito con huesos en su interior.

—Son reliquias —dijo—. Una de las mujeres me ha dicho que son de sus antepasados.

—¡A la hoguera con ellas! —clamó Ulla.

—¡No! —gritó la mujer aludida—. ¡Por favor, no! ¡Por los dioses, no lo hagáis!

Pero la hechicera no hizo caso de los ruegos. Arrebató la bolsa de las manos de Shiba y la arrojó al fuego que acaban de encender. La dueña de los huesos comenzó a llorar y a gemir y avanzó hacia la lumbre intentando extraerlos, pero ya era demasiado tarde. El saco de piel de conejo ardió inmediatamente, y dos hombres tuvieron que llevársela a la fuerza para que no se quemara.

—¡Mis padres! ¡Mis hermanos! ¡Mis hijos muertos! —exclamó, desconsolada, mientras algunas mujeres intentaban consolarla—. ¡Ahora morirán para siempre!

Un grito de dolor se escapó de su garganta, y se agarró fuertemente a sus hijos, que ya estaban a su lado. Eran un par de chiquillos de unos cuatro o cinco años.

Después, Unnum y el resto de los guerreros comenzaron a inspeccionar a las mujeres capturadas. El jefe no encontró a ninguna de las que ya conocía, las que se había llevado su hermano cuando se separaron. Ulla, la hechicera, como si le leyera el pensamiento, dijo:

—Se las habrán quitado, como él hizo en su momento con las nuestras.

Delante de ellos se encontraban cuatro mujeres y otros tantos chiquillos, junto a dos bebés que no paraban de llorar. Cuatro mujeres, de las cuales, dos eran adolescentes y otras dos madres, o mejor dicho, cinco, contando también a la de las reliquias, que se había quedado arrodillada junto al fuego, viendo cómo ardían los últimos restos de sus antepasados.

Todas ellas presentaban un aspecto lamentable: famélicas, desgreñadas, con el pelo hirsuto, lacio y lleno de grasa. Una apariencia similar a la de sus hombres, que ahora estaban muertos.

Sin embargo, algo había en ellas, algo permeaba en sus miradas, que intentaba levantarse por encima de todo, por encima de la apariencia andrajosa y desarrapada: una férrea y tenaz determinación por sobrevivir, una profunda e intensa voluntad de seguir adelante.

Las cuatro que permanecían de pie miraban fijamente a sus nuevos amos. Los hombres no se diferenciaban en nada de los suyos, pues todos tenían un aspecto similar, es decir, desgreñados, sucios y con mirada feroz. Las mujeres, en cambio, tenían mejor presencia que ellas, es decir, estaban algo menos demacradas, y mantenían una expresión altiva, mirándolas con suspicacia.

La verdad es que todos daban miedo, y los chiquillos de las recién capturadas lo acusaban con sus llantos. Sobre todo los bebés, que no paraban de gimotear. Uno de ellos consiguió calmarse algo cuando su famélica madre, la que estaba peor de todas, le acercó un pecho del que el pobre niño no consiguió sacar apenas leche.

—Esa no servirá ya —dijo Ulla—. Nos la comeremos y el niño será sacrificado a los dioses.

La aludida estaba claramente enferma, pero al oír eso sacó fuerzas de flaqueza y comenzó a gritar de forma desaforada, completamente histérica. La hechicera le arreó un fuerte guantazo para que se callara, pero no sirvió de nada. Después intentaron arrebatarle al niño de sus brazos, pero la mujer se arrojó al suelo abrazándolo fuertemente. Solo se calmó un poco y entregó al chiquillo cuando Masha, otra de las mujeres del jefe, ofreció sus propios pechos —que goteaban leche— para amamantar al bebé.

Desviada la atención de aquella pobre desgraciada, Ator, uno de los guerreros que había combatido, gritó:

—¡Yo quiero a esa! —se adelantó, señalando a una adolescente que intentaba ocultarse detrás de otra mujer que parecía ser la madre.

—¡Esa es para mí! —volvió a chillar.

Ladda, la favorita del jefe, sacó a la chica de donde estaba y la puso delante de todos para que se la viera bien. La madre mientras tanto había intentado impedirlo, pero otra mujer de la tribu le dio un golpe en la cara, obligándola a permanecer quieta bajo la amenaza de un cuchillo.

La chica se mostró delante de todos. Era muy diferente a lo que aquellos humanos habían visto hasta entonces. Tenía la nariz estrecha, los ojos grandes y rasgados, la tez ligeramente pálida... aunque lo que más destacaba de ella eran sus senos: dos grandes pechos que la pobre muchacha intentaba ocultar detrás de sus brazos. Unos senos mucho más grandes que los de cualquier otra mujer corriente cuyas glándulas mamarias no solían ser mayores que la del resto de los mamíferos. De hecho, no hace falta más para amamantar a la progenie.

Aquella era la chica que, en el avistamiento, llevaba el pecho tapado. Tabal ahora entendió la razón: probablemente no quería despertar los deseos del resto de los hombres de su tribu.

Ulla, la hechicera, se adelantó para observarla con detenimiento. En su larga vida había conocido a muchas mujeres aquejadas de la enfermedad de la obesidad, pero aquella chica

estaba delgada, como correspondía a gentes que estaban continuamente moviéndose. La vieja se acercó más y le estrujo un pezón sin que consiguiera salir leche.

—¿No eres madre? —preguntó, sorprendida—. Entonces, ¿por qué tienes los pechos tan hinchados?

La joven no respondió, y continuó intentando taparse los senos.

—Ábrete de piernas —ordenó.

Pero la chica no se inmutó.

—¡Que abras las piernas! —gritó, propinándole un fuerte bofetón que le reventó el labio. La muchacha comenzó a llorar y separó ligeramente los muslos, lo justo para que Ulla le pudiera explorar la vagina.

La hechicera le introdujo un par de dedos y procedió a realizar una burda exploración que causó un gran malestar en la joven. Tras concluirla, proclamó:

—¡Es virgen! —exclamó con asombro, volviéndose hacia los demás.

Antes de que alguno pudiera reaccionar, el tipo que antes la reclamó volvió a insistir:

—¡Es mía! Esa… me la quedo yo.

Después se acercó y la agarró de la mano, intentando llevársela con un fuerte tirón. Sin embargo, no todos estaban de acuerdo, y Unnum se lo impidió. Se cruzó con él y lo agarró del brazo, obligándolo con fuerza a que soltara la mano de la chica.

—¡Yo soy el jefe, Ator! Me corresponde por derecho de conquista.

—¡No! —bramó—. ¡Me lo debes, Unnum! ¡Quedamos en que yo elegiría primero la próxima vez!

—Tú te quedarás con la madre —ofreció, a cambio.

Tras echar una mirada fugaz a la citada mujer, el hombre clavó los ojos en los de su jefe y los dos se miraron fijamente. O mejor dicho, el único ojo de Ator, pues era tuerto, clavó su mirada en la de Unnum, y durante unos segundos se pudo captar la tensión en el ambiente. Los dos hombres eran igual de corpulentos y estaban llenos de músculos que podían dispararse en cualquier momento. Sin embargo, todos los guerreros se pusieron en guardia y Ator comprendió que en caso de disputa, ellos apoyarían al jefe.

—¿La madre? —pareció resignarse.

—¡Sí, la madre! —insistió, con los ojos fríos como el hielo. ¡Esa! —señaló hacia la mujer con la que la chica parecía confraternizar más, aunque desde luego no se parecían en nada.

Ator contempló «el trofeo» alternativo que le habían adjudicado y devolvió una mirada gélida al jefe, quien se la volvió a aguantar por unos instantes. Finalmente, el guerrero señaló hacia la otra adolescente recién capturada y dijo:

—¿Y esa otra?

—Esa también es para mí.

—¿Cómo? —el tuerto estaba a punto de entrar en ebullición y Unnum comprendió que quizás había ido demasiado lejos. Pero ya no podía volverse atrás para no demostrar su debilidad. Después volvió la vista hacia el grupo de mujeres y niños capturados y comprobó que todavía quedaba otra mujer por repartir aparte de la que estaba enferma. Era la de las reliquias, sin

duda la peor «del lote», y en teoría le debía corresponder a Cadfe, otro guerrero destacado. Pero este era más dócil que Ator, y finalmente optó por una solución de compromiso:

—Si quieres otra mujer además de la que te ha tocado, dispútate a esa —señaló hacia la hembra poco agraciada— con tus compañeros.

Se produjo de nuevo un tenso silencio, con el jefe, inflexible, moviendo su hacha ligeramente hacia arriba y hacia abajo. Finalmente, Ator escupió a un lado, agarró a la madre de la adolescente de un brazo, y la mujer siguió a su nuevo marido con resignación hacia un grupo de matorrales que había más allá.

Una vez finalizado el reparto, las mujeres volvieron a vestirse sus andrajosas pieles y se distribuyeron sus pertenencias entre los miembros del clan vencedor. Después la tribu compartió los pocos alimentos que tenían con las recién llegadas y con sus hijos, y tras recoger la suficiente agua, el clan resultante de aquella fusión comenzó su marcha hacia el norte.

Las dos adolescentes iban en medio de todos, por si alguna cometía la locura de escapar. Mientras, las otras tres mujeres y sus hijos no eran apenas vigiladas. Bastante tenían con arrastrar a sus retoños que no paraban de llorar. Desde luego, a ninguna se le ocurriría la idea de huir. Las posibilidades de sobrevivir solas en aquel mundo hostil, eran prácticamente nulas.

Aún no había anochecido, cuando de repente dos relámpagos tremendos atravesaron la bóveda celeste impactando contra dos montañas lejanas.

—¡Otra vez! —exclamó una de las mujeres, antes de que un resplandor iluminara el firmamento como si fuera mediodía.

—Los dioses están enfadados —masculló la hechicera, que se detuvo y comenzó a sentir una agitación en su pecho que casi le produjo convulsiones. —¡Oh, Báloc! —se arrodilló—. ¡Puebla el cielo de nubes si es tu deseo…! ¡Pero no nos mates!

—En pie, vieja —Unnum le dio un puntapié—. Tenemos que acelerar la marcha si queremos llegar antes del anochecer.

Y finalmente llegaron. Al caer la noche arribaron a un sistema de cuevas enclavado en la ladera de una montaña, y algunos hombres comenzaron a hacer un fuego en la entrada de la misma para impedir que entraran las fieras. Era un espacio inmenso que habían descubierto recientemente, y que se dividía en diversas «estancias» apartadas unas de otras: recovecos a diversas alturas y algunos muy distantes entre sí. Un macizo cárstico que el agua había horadado a lo largo de los eones y que podría acomodar a varias tribus. De hecho, cuando lo descubrieron hallaron los restos de muchas hogueras y huesos de animales, señal inequívoca de que había sido usada por otras gentes en el pasado, e incluso en el pasado remoto.

Por el camino ya se les había muerto la mujer enferma, y sus ritos les prohibían comerse a los muertos si estos no habían sido sacrificados previamente. Su bebé se lo quedó Masha, la mujer que le ofreció sus pechos, pues las otras madres de su tribu a duras penas podían sacar adelante a los suyos.

Después de cenar algunas bayas, la hechicera invocó a los dioses y las mujeres y algunos hombres bailaron alrededor de la hoguera principal. Después, como la muchacha de los grandes senos era virgen, la vieja debía realizar cierto ritual antes de que Unnum la poseyera, algo por lo que este llevaba ya rato suspirando. Pero Ulla no reaccionaba. Tras los bailes, la hechicera se había quedado tumbada en el suelo con los ojos en blanco y echando espuma por la boca. Impaciente por consumar «su amor», el jefe agarró a la muchacha y la arrastró hacia

un recodo de la cueva, mientras la chica intentaba oponerse, sin éxito. Pero en ese momento se despertó la vieja:

—¡No! —gritó—. ¡No puedes poseerla!

Ulla salió despedida como un resorte y se apresuró a arrebatar a la joven de las garras del hombre.

—¿Qué estás diciendo, maldita bruja? —bramó Unnum y la apartó de un manotazo.

—¡No puedes hacerlo! —siguió—. Acabo de tener una visión. Los dioses me han revelado que grandes desastres se cernirán sobre nosotros si lo haces. Los rayos, los relámpagos… Lo que hemos visto hasta ahora es solo un aviso, y la próxima vez caerán sobre nuestras cabezas.

—De acuerdo, vieja. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—La muchacha debe de morir virgen —dijo, solemnemente.

—¿Cómo?

—Para evitar la calamidad.

—¿Qué calamidad?

—Debe ser sacrificada la próxima luna, o si no, pereceremos todos.

—¡No! —rugió el jefe—. ¡Ahora mismo será mía!

Unnum se deshizo de la hechicera y agarró de nuevo a la chica, comenzando a marcharse hacia sus «dependencias». Pero en ese momento, Ator, todavía resentido, se interpuso en su camino y esta vez no dudó en agarrarle de sus pieles con fiereza:

—¿Es que no has oído lo que ha dicho la bruja?

El tuerto lo miró amenazante con su único ojo, sabiendo que esta vez llevaba razón.

—¡Respeta a nuestros dioses, Unnum! —dijo otro miembro de la tribu.

—¡Sí, respétalos! —gritó otro.

También Ladda, su favorita, no tardó en hacerse oír:

—¿Es que quieres que se mueran todos nuestros hijos?

El jefe miró a todos con gesto serio, y entonces, viendo que tenía a toda la tribu en su contra, pareció resignarse. Ulla se volvió a acercar y le susurró:

—Confórmate con la otra chica. También es parte de tu botín de hoy.

Unnum consideró la decisión y asintió. La otra adolescente no era tan espectacular, pero sí que se había mostrado cercana en el trayecto desde el oasis a las cuevas. Se veía claramente que pretendía agradarlo y que era una mujer inteligente. Si conseguía ser la nueva favorita del jefe, desde luego que iba a vivir muy bien.

—De acuerdo —se conformó—. Será sacrificada en la próxima luna llena para aplacar a los dioses. Tú —señaló a Tabal, el hombre en quien más confiaba—: hazte cargo de ella hasta entonces. Responderás de su virginidad con tu vida.

El joven se adelantó y tomó de la mano a la chica, con el objeto de llevarla cerca del fuego, pues se veía claramente que estaba aterida. Ella lo miró con recelo, pero él intentó calmarla con una sonrisa de afecto.

Al poco tiempo todos se fueron a dormir. Unnum desfogó sus instintos primarios con su nueva esposa, mientras que Ator hizo lo propio con Kara, que así se llamaba la mujer que le había correspondido, la madre de la muchacha virgen. A pesar de ser mayor, debía ser toda una experta en el arte amatorio, pues el tuerto repitió cópula a pesar de estar cansado por la lucha y el largo viaje. Es más, renunció a la otra mujer que debía disputarse con Cadfe, quien la recibió con los brazos abiertos, pues en ese momento no tenía ninguna: su anterior esposa había sido asesinada por otra esposa rival, que murió después durante un parto.

Por su parte, Tabal se fue con la chica de los grandes senos hacia el recodo donde solía dormir. Allí se acomodaron los dos y se dispusieron a pasar la noche. Pero la muchacha, impresionada lógicamente por su sentencia de muerte, no paraba de llorar y de tiritar a partes iguales.

Y no era para menos. El sitio en cuestión era un lugar apartado en aquel conglomerado de estancias, muy próximo al final de la cueva, y tenía cierta humedad. Tabal se compadeció de la joven y le proporcionó una de sus pieles, pues la que llevaba la muchacha estaba francamente deteriorada, además de ser pequeña.

Ella le miró sorprendida y él sonrió, procediendo a indicarle cuál era la mejor forma de colocar aquella gruesa piel de megalócero, la mejor que tenía. Finalmente, se durmieron y pasaron la noche, aunque el sueño de Tabal, como el de ella, fue bastante ligero.

Cacería

El cielo se encontraba en un estado de transición, pasando de la oscuridad de la noche al suave resplandor del amanecer. Las estrellas aún titilaban en el fondo del cielo, pero los primeros rayos de luz ya comenzaban a iluminar el horizonte. El firmamento se teñía de suaves tonalidades rosas, naranjas, y púrpuras.

A medida que la luz del amanecer se intensificaba, se dejaban ver cada vez de forma más nítida los efectos de la sequía: la vegetación seca y marchita se extendía hasta donde alcanzaba la vista, con hierbas altas agotadas y árboles esparcidos que habían perdido gran parte de sus hojas. El suelo estaba cuarteado y polvoriento debido a la falta de lluvias, y los charcos se habían secado, quedando reducidos a fango en el mejor de los casos.

Tan solo quedaban algunos oasis aquí y allá en lo que antaño habían sido frondosos bosques llenos de vida. Corrían malos tiempos para los hombres en aquella época remota. Pero a pesar de todo, la naturaleza silenciosa y desolada acogía a la tribu.

La mañana se levantó fría y seca y el clan de Unnum se encaminó de nuevo hacia el oasis. Allí esperaban sorprender a algunos animales que se acercaran a beber, algo que no pudieron hacer la noche anterior, momento más propicio, pues vieron algunos tigres con dientes de sable que merodeaban por la zona. Por el camino, se notó claramente la animadversión de las mujeres de Ator y Unnum hacia las recién llegadas, pues eso vaticinaba malos tiempos para sus hijos, y buenos para los de las nuevas esposas. Al menos durante el tiempo que durara la novedad.

Pero durante toda la jornada apenas consiguieron cazar. Solo se hicieron con algunas presas menores, y ya cerca de la noche se dispusieron a cenar.

La tribu se desperdigó por los alrededores de la pequeña laguna. En su día debió ser una importante reserva de agua, pero cada vez quedaba menos y en algunas zonas el fango era todo lo que se dejaba ver.

A Tabal solo le tocó un trozo de carne y unas pocas bayas que se dispuso a comer con gran voracidad. Pero su compañera cautiva miraba la chuleta con unos ojos que reflejaban una tristeza infinita, y antes de probar bocado le preguntó:

—¿Cuánto hace que no comes carne?

Ella suspiró y dijo:

—Ya… ni me acuerdo —dijo, mirando al suelo.

El muchacho se compadeció de ella. La que sin duda debió ser una preciosa melena negra, ahora estaba raída y llena de jirones desgarrados que ocultaban casi todo su precioso rostro. Él, por su parte, llevaba la frente despejada y el pelo castaño recogido hacia atrás. A pesar de ser también un adolescente, su cuerpo estaba totalmente desarrollado y en nada se diferenciaba del de los otros hombres.

Tabal extendió una mano e intentó recoger los mechones que tapaban la cara de la chica y eso hizo que esta le mirase. Él a su vez le prodigó una mirada candorosa y de afecto, y con ojos llenos de ternura le ofreció su comida:

—Cómete también las bayas. Creo que las necesitas más que yo.

Y no era para menos. De la escasa comida que tenía la tribu, a la chica apenas le había correspondido algo el día anterior, y debía llevar bastante tiempo sin probar bocado.

—Oye, ¿cómo te llamas? Llevamos todo el día juntos y aún no sé tu nombre.

—Umma —respondió, mientras devoraba el plato.

—¿Te duele la herida? —preguntó, al observar que hacía un gesto de molestia cada vez que abría la boca. Aunque estaba cicatrizando, el bofetón que le arreó Ulla en el labio todavía hacía que este estuviera algo morado.

La chica simplemente negó con la cabeza, sin dejar de comer. Tabal la dejó terminar y cuando lo hizo le preguntó:

—¿Qué hacías con Samman? ¿Cuándo os capturó?

—Su tribu asaltó la mía hace tres estaciones.

—¿Tres estaciones?

—Sí, tres estaciones de lluvias. En el territorio del que procedo medíamos el tiempo por las nieves. Pero aquí por lo visto hay estación seca y estación de lluvias.

Umma hablaba el idioma de Tabal de una forma bastante correcta, aunque con un fuerte acento extranjero. Se veía que había adquirido la lengua en los tres años que llevaba con Samman. La muchacha seguía con el gesto triste, pero se estaba abriendo a su guardián poco a poco. En realidad, Tabal no estaba junto a ella para evitar que se escapara. Era algo que nadie en su sano juicio se atrevería a hacer, pues una mujer sola en aquel entorno hostil sería devorada por las fieras en cuestión de horas, o días como mucho. En realidad, la misión del chico era impedir que otros hombres se acercaran a ella.

—Yo tengo dieciséis estaciones… de lluvias —afirmó el muchacho—. Nunca he estado en territorios con nieve, salvo la que hay en las montañas. Bueno, de lluvias… es un decir. Cada vez llueve menos. En esta estación no ha llovido nada. ¿Tú cuántas tienes?

—Yo también dieciséis.

—Dieciséis estaciones —el muchacho enarcó las cejas—. Y sigues siendo virgen… ¿Cómo es posible?

La joven suspiró y a continuación dijo:

—Cuando Samman asaltó mi tribu, yo todavía no era mujer, pero después mis pechos se desarrollaron rápidamente. Eso fue interpretado como una señal.

—¿Una señal?

—Sí. Cuando me convertí en mujer, Samman renunció a tomarme por esposa porque los dioses le revelaron en sueños que si lo hacía no le resultarían favorables.

—Ya, entiendo. Haciendo ese sacrificio conseguiría su favor.

—Así es. Nuestra hechicera así lo confirmó. Yo era… como un talismán.

Tabal recordó que Samman era muy supersticioso. De hecho, fue una sorpresa para todos que Ulla, la hechicera, tomara partido por Unnum, que era menos dócil, en lugar de por su hermano.

—Pues no se ve que últimamente os fueran muy favorables vuestros dioses.

—La sequía está siendo mala para todos, y con nosotros peor. En el sur tampoco llovió mucho la estación anterior. Por eso dos guerreros tramaban matar a Samman y tomarme como esposa. Yo creo que, de no haber aparecido vosotros, yo ya no sería virgen.

—Vaya… pero, si eres del norte, ¿por qué vinisteis tan al sur?

—Demasiado frío —contestó—. Las manadas vinieron aquí, y los seguimos.

—Ya… Pues ahora están regresando al norte. Nosotros vamos a comenzar a marchar hacia allí. Tendremos que aprovisionarnos de buenas pieles antes de llegar.

Umma recordó el gesto de la noche anterior y se lo agradeció:

—Tu piel me confortó. ¿Tú pasaste frío ayer?

—Sí. Pero estoy acostumbrado.

Ella lo miró y sonrió con afecto. A continuación, dijo:

—Duermes solo… ¿No tienes mujer, para dar calor?

—Nunca he tenido mujer. La tendría si destacara en la guerra, pero yo nunca he matado a nadie.

—¿Cuál es tu oficio?

—Soy cazador. Bueno, ya sabes… En una tribu todos tenemos que hacer de todo. Cuando hay que cazar, todos cazamos, incluso los guerreros. Y cuando hay que luchar, pues todos luchamos.

En ese momento, algunas mujeres comenzaron a acumular ramas para avivar el fuego. Umma preguntó:

—¿No nos vamos a las cuevas?

—Esta noche, no. Nos quedaremos aquí. Vamos a intentar cazar algunas presas que vengan a beber al pozo. Ayer nos tuvimos que marchar por los tigres.

—¿Ya no hay?

—Creemos que no. Por las huellas, se han debido desplazar hacia el norte. Aquí pasaremos menos frío —siguió Tabal—. Por supuesto, mi piel de megalócero sigue siendo tuya.

Ella volvió a sonreír y en ese momento pasó Kara, la mujer que parecía su madre, con sus chiquillos a su lado. Umma intercambió algunas palabras en su idioma con ella, y cuando se marchó para estar con Ator, el chico preguntó:

—¿De verdad eres hija de Kara? No os parecéis mucho —constató, y era cierto. Aquella era una mujer corriente, sin apenas pechos, como todas las demás. Su rostro era afable y la cara estrecha; tenía unos ojos grandes y expresivos y las caderas anchas, fruto sin duda de los numerosos partos que había tenido.

—Ella no es mi madre —respondió—. Mi madre murió cuando yo nací. Kara es mi madre de leche. Me crio y soy como su hija. Su hija mayor.

El atardecer dejó paso a un cielo azul marino y ya se distinguían algunas estrellas como puntos de luz por el este. Los miembros de la tribu se acostaron para comenzar a dormir y Umma preguntó:

—¿Tú no duermes?

—Esta noche nos toca cazar. En cuanto anochezca del todo nos tendremos que marchar.

—¿Yo también?

—Sí, me acompañarás durante la vigilancia. Unnum no quiere que te pierda de vista ni un instante. No se fía de los hombres, que no paran de mirarte.

—Ya lo sé.

—Pero no te preocupes, será fácil. Es cuestión de permanecer totalmente inmóviles y en silencio para que los animales se crean que están solos. Cuando estén bebiendo, serán nuestros.

El campamento se encontraba a cierta distancia del pozo. Las mujeres se quedarían allí con los niños, al lado del fuego, mientras los cazadores marcharían hacia el agua. Cuando se pusieron en marcha, Umma preguntó:

—¿Por qué se queda Ator con las mujeres?

—Jajá —sonrió—. Se dice que tu madre lo tiene «muy contento».

—¿Es por eso?

—No, es broma. Él no ve bien por la noche. Como solo tiene un ojo…

—Ya, entiendo. ¿Por qué lo perdió?

—Un caballo salvaje le pateó la cabeza. Eran los buenos tiempos, cuando llovía. Avistamos una manada y los asustamos con fuego para llevarlos hacia un barranco. Ya sabes, van desbocados y luego no tienen tiempo de frenar para no caer. Ator estaba con otros hombres tapando un corredor para que no se pudieran escapar por ahí. Uno se encabritó. Y… —Tabal se estremeció, recordando la escena—, bueno, le dio una buena coz en la cara. Lo de menos fue que perdiera el ojo. Bastante poco le hizo. Ese hombre es muy duro.

—Sí, la verdad es que lo parece. A Kara le ha contado que él solo mató a un oso, y por eso tiene esa piel negra tan buena.

—Jajá, eso es mentira. Al oso nos lo encontramos muerto en el interior de una cueva.

La chica soltó una pequeña carcajada y él se alegró de que tuviera ese buen talante, sabiendo lo que le esperaba.

—Oye, Umma, ¿no tienes miedo a la muerte?

—Yo soy inmortal, Tabal.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Yo no moriré en el plenilunio. De eso estoy segura.

El chico la miró incrédulo, pero ella no parecía bromear. Umma siguió:

—La hechicera de mi tribu vaticinó que yo no moriría jamás. Ella era una mujer muy sabia que tuvo muchas premoniciones. Todas se cumplieron.

—¿Cómo puede ser eso posible? Quiero decir, que no puedas morir.

—No lo sé. También el dios es inmortal, ¿no?

—Ya, pero los dioses son dioses… y nosotros solo somos humanos. ¿Vosotros adoráis a Báloc?

—Nuestra hechicera hablaba de un único Dios.

—Báloc, supongo.

La muchacha se encogió de hombros: —No lo sé. ¿Quién es Báloc?

—Es el dios de nuestra tribu, aunque hay muchos más. ¿Samman no os habló de él?

—De los dioses solo hablan las hechiceras, y nosotros ya teníamos la nuestra.

—¿Qué le pasó?

—Nos dejó el mes pasado. Había bebido agua estancada. Se le hinchó el vientre y murió.

—Maldita sequía… —se lamentó Tabal—. Báloc está reteniendo el agua en el cielo y nos la niega. Debe estar muy enfadado, pues hace tres jornadas que están pasando cosas muy extrañas.

—¿Qué cosas? ¿Esos extraños relámpagos y resplandores?

Tabal asintió.

—Sí. Suceden varias veces al día sin que haya una sola nube en el cielo. Y no solo eso. Algunas mujeres han contado cosas muy extrañas. Varias de ellas sufrieron hemorragias, como de regla, cuando no les tocaba, y que desaparecían antes de llegar al suelo.

Umma enarcó las cejas.

—Bueno, ya hemos llegado —advirtió el chico—. Ahora túmbate y no te muevas. Yo me pondré detrás de ese árbol —señaló a un tejo y se acuclilló junto a él.

La chica obedeció y se tumbó, no tardando mucho en quedarse dormida. El árbol estaba junto a un estrecho corredor por el que debían pasar los herbívoros para beber, y otros hombres se apostaron en sitios similares.

La noche fue transcurriendo sin que pasara un solo cuadrúpedo. Se esperaban gacelas, venados y algún megalócero, y así pasó la primera mitad sin que aparecieran. Se ve que quedaban ya muy pocos en aquel territorio, pues todos se habían ido hacia el norte.

Tabal miró al cielo, y se extasió con la multitud de estrellas que poblaban el firmamento. La luna estaba en cuarto creciente, y se ocultaba fugazmente cuando rebaños de nubes velaban su intensa luz plateada. La verdad es que era un cielo muy similar al de aquella otra noche, hacía ya cuatro estaciones. Solo que aquella vez no era tan tarde, y de hecho, aún se veía el púrpura del ocaso sobre el horizonte.

La tribu, siempre hambrienta, había encontrado una manada de caballos pastando en un cañizal que se encontraba en el fondo de un valle. Había lo menos treinta o cuarenta de ellos, y los jefes de la tribu, es decir, Unnum y Samman —cuando todavía los hermanos se llevaban bien—, discutieron sobre la manera de llevar a cabo la operación. Este último era partidario de avanzar sigilosamente entre los pastos y disparar sus lanzas cuando estuvieran a tiro. Sin embargo, su hermano creía que había un riesgo elevado de que los animales se dieran cuenta y huyeran antes de que se acercasen lo suficiente.

Unnum prefería emprender una táctica de acorralamiento por fuego, pues la Fortuna había conseguido que los animales estuvieran relativamente cerca de un gran precipicio, un inmenso abismo al que, si conseguían precipitarlos, la tribu podría satisfacerse plenamente de carne de la mejor calidad.

La cuestión parecía bastante simple, y al final acordaron dividirse en dos grupos, en los que estarían incluso las mujeres. Cualquier recurso era útil para taponar todas las salidas y hacer que los animales corriesen hacia el único sitio donde no había nadie, es decir, hacia el abismo.

Samman comandaría el grupo que impediría que los caballos huyesen por el desfiladero de la derecha, y Unnum haría lo propio con el de la izquierda. El fondo del valle tenía un tapón natural que eran las montañas, y allí no podrían huir, puesto que, entre otras cosas, la tribu había prendido fuego a los pastos que repoblaban las laderas.

Así las cosas, con el fuego ya iniciado, los hombres que lo prendieron corrieron en dirección a los animales con las antorchas en alto y gritando con toda la potencia de sus gargantas. Como no podía ser de otra manera, los herbívoros se asustaron y comenzaron a correr en todas las direcciones.

La estampida se dividió en tres secciones. Una fue hacia donde estaba Samman, y allí consiguieron que los caballos se giraran y se unieran a la segunda, que corría hacia el precipicio. La tercera sección, sin embargo, se empeñó tercamente en intentar escapar, y un buen puñado de animales irrumpieron en la zona de Unnum, donde una docena de personas, entre hombres y mujeres e incluso niños, intentaron por todos los medios hacerlos retroceder por medio del fuego. Alguno incluso consiguió insertar una lanza en el costado de un caballo, aunque no con la suficiente fuerza para que se detuviera.

Ator fue uno de esos hombres, quien se arriesgó a arrimarse lo suficiente para hacer aquello. Pero la apuesta le salió mal, y el animal se le echó encima, casi sin que se diera cuenta. El tuerto, que aún no lo era, había perdido su mejor lanza, y solo le quedaba otra más corta, diseñada no para lanzarse, sino para pinchar de cerca. Y eso fue lo que intentó hacer.

Pero el caballo se encaró con él y se levantó sobre sus dos patas traseras, ofreciendo su abdomen al hombre, quien intentó incrustar el arma en la barriga del animal. Mala idea. A pesar de que intentó hacerlo desde un lateral, no pudo evitar que una gran coz se descargase sobre su cara, dejándolo inconsciente. La conmoción fue muy fuerte, y a la larga le costó perder el ojo.

La tribu, aunque estaba en su mejor momento en cuanto al número de sus efectivos, aun así era escasa para acordonar la zona, y muchos animales escaparon. Sobre todo, por el hueco que dejó Ator tras quedar fuera de juego.

—¡Hay que evitar que se escapen más! —ordenó Unnum, apremiando a los cazadores—. ¡Si los demás se dan cuenta de este hueco, evitarán el precipicio y vendrán para acá!

Y eso fue lo que hicieron. Los hombres se reagruparon y agitaron las antorchas gritando más fuerte que nunca, y consiguieron que se juntaran.

Cuando los caballos llegaron al abismo, lógicamente frenaron, pero la fuerza de los que venían detrás, totalmente desbocados, empujó a los de delante hacia su fatal destino.

Tabal tenía inmortalizada en su retina la dantesca escena. No menos de quince o veinte animales cayeron uno detrás de otro y se aplastaron contra el suelo allá abajo en una descomunal caída.

Los hombres y las mujeres se abrazaron y se alegraron sobremanera por aquel rotundo éxito, en una operación en la que tan solo Ator había resultado herido. Lástima que no pudieran aprovechar la carne más que de dos o tres animales, pues la de los demás se pudriría en poco tiempo.

Ahora solo quedaba bajar el desfiladero y llegar al fondo del cañón para proveerse del preciado alimento, antes de que dieran con ello las fieras. Y eso no era algo menor. Por decisión de Samman, los cazadores se dispusieron a bajar por el camino más difícil, pero también el más corto. Ahorrarían bastante tiempo y podrían llegar antes que las hienas, habituales de la zona. Solo él y un par de hombres se quedaron y acompañaron a las mujeres y a los niños por el camino fácil. Tampoco era plan dejarlas solas en medio de la noche por semejantes lugares, y en realidad, su grupo corría más peligro que el de los cazadores.

En aquella época, Tabal ya tenía doce estaciones y se consideraba un cazador. Por tanto, optó por acompañar al grupo de Unnum por el camino escarpado.

Sin embargo, no tenía aún las suficientes fuerzas, y la grava que recubría el estrechísimo sendero le hizo resbalar, quedándose sujeto solo con la rama de un pequeño arbusto.

—¡Ayuda! —gritó, mientras se balanceaba, totalmente indefenso. A su alrededor, la luna apenas alumbraba un poco más que las paredes verticales de aquellas inmensas moles de roca, y al fondo, la negrura del abismo se cernía bajo sus pies.

—¡Ayuda! —imploró, mientras la planta se desgajaba del suelo y Tabal caía, de la misma forma que los caballos habían caído un poco antes…

Y en ese momento se despertó. Alguien le había agarrado.

—¿Qué te pasa, Tabal? —preguntó Umma. El joven se había quedado un momento traspuesto y había soñado con aquella escena, otra vez. La chica notó su respiración agitada y le agarró del brazo.

—Nada, una pesadilla —replicó, tras reponerse—. Habla bajo —susurró—. Podrías espantar a los animales, si es que vienen a beber.

—¿Qué soñabas?

El chico suspiró y después dijo:

—Como hemos hablado antes de los caballos, había vuelto a revivir lo que pasó ese día.

—¿Lo que le pasó a Ator? ¿Tanto te impresionó?

—No, no es eso. Es… bueno —se resistía a contarlo, pero al final lo hizo—. Cuando bajamos el desfiladero por donde cayeron los animales, me resbalé y estuve a punto de caer al vacío. Era de noche y no se veía bien. Si no llega a ser por Unnum, que me dio la mano, yo hubiera muerto ese día.

—Pues… menos mal.

—Sí —volvió a suspirar—. No fue la primera vez que me salvó la vida.

Umma lo miró fijamente, como esperando que le contara algo más. Pero el chico no estaba por la labor:

—Ahora, duérmete. No debe faltar mucho para el amanecer, y los animales estarán al venir, si es que vienen. No debemos hablar más, ni siquiera en susurros.

La chica obedeció, y se tumbó, aunque ya no pudo dormirse. Se quedó contemplando a su compañero, que ahora no perdía detalle de los ruidos de su alrededor. Era indispensable el silencio más absoluto para saber por dónde venían los herbívoros y así apostarse cerca de ellos para acorralarlos.

Por fin, a punto de rayar el alba, tres cervatillos aparecieron por la vereda y Tabal imitó el sonido de la lechuza para indicar que necesita ayuda. Unnum, que era quien estaba más próximo, acudió raudo y taponó la salida mientras el chico se aproximaba de forma sigilosa hacia el agua.

Por fin, cuando estuvo seguro de que no iba a fallar, disparó su lanza y esta impactó directamente en el costado de un ciervo, que se desplomó sobre el suelo. El otro huyó por la vereda, pero allí estaba Unnum esperándolo, y lo atravesó directamente con la suya sin tener que lanzarla. El otro huyó entre los matorrales y se perdió.

—¡Dos presas! —gritaron casi a dúo. Con eso podría comer toda la tribu hasta saciarse y sobraría carne. Los demás acudieron allí corriendo, pero antes de llegar…

No estaban solos. Una manada de lobos esteparios, enormes, también se disputaban la misma comida. Sus ojos brillaban en la oscuridad y los gruñidos helaban la sangre de cualquiera.

Los lobos… —pensó Tabal—. Si hubiera sido un tigre o un oso sería menos problemático. Eran fieras solitarias y entre todos los hombres, ahora que no estaban los niños, formando una piña y con las lanzas en ristre los podrían haber ahuyentado fácilmente. Pero no los lobos. Estos atacaban en manada y por todos los flancos. Era inútil enfrentarse a ellos, y Unnum dio la orden de retirada. Al menos esas dos presas servirían para desviar su atención del campamento, y el resto de la tribu estaría a salvo. Eso sí, deberían largarse de inmediato.

El uro

Los nómadas siguieron su camino, esta vez hacia el noroeste. No encontraron nada. Tan solo pudieron recolectar las típicas bayas —pocas y resecas—, algo de miel y algunos frutos secos pasados de temporada. Toda la tribu estaba hambrienta y los niños no paraban de llorar.

El calor del mediodía, asfixiante, les hizo detenerse y al atardecer reanudaron la marcha, casi sin fuerzas. Ya cerca del anochecer inspeccionaron unas trampas que habían puesto hacía unos días, y solo una de ellas tenía contenido: una mísera cobaya que fue íntegramente a parar a los niños, que fueron los únicos que cenaron esa noche.

Por si fuera poco, se habían alejado bastante del oasis y apenas tenían agua. Algunos hablaron de volver a él y quizás aprovechar algo de lo que hubieran dejado los lobos. Pero Ulla, la hechicera, tuvo otra «visión» y obligó a la tribu a marchar al sureste, hacia una majada que se extendía por una pequeña llanura no muy lejos de la cueva. Los hombres protestaron porque allí no había agua, pero la vieja insistió y al amanecer todos fueron hacia allá.

Cuando llegaron, cerca ya del mediodía, las reservas de agua se habían acabado, y la hechicera dijo: «cavad aquí». Los hombres cavaron durante un rato y a unos dos o tres codos de profundidad… encontraron agua.

El líquido elemento ahuyentó la sed y momentáneamente despistó al hambre, aunque solo fuera porque llenó aquellos estómagos vacíos.

Después se pararon a descansar con el objetivo de continuar por la tarde, y se formaron grupos entre los miembros de la tribu. Como siempre, Umma y «su sombra» estaban apartados de los demás, por orden expresa de Unnum: ningún hombre se debía acercar a ella, excepto su guardián. Tan solo Kara, su madrastra, aparecía por allí de vez en cuando, siempre que le dejaran en paz sus tres chiquillos.

—¿Qué pasó entre vosotros y Samman? —preguntó la chica.

—¿Nunca os lo contó?

—Solo sabemos que se había peleado con Unnum por una traición. La tribu se dividió en dos y solo tres hombres le siguieron, con sus mujeres.

—Bueno, no fueron sus mujeres exactamente. En realidad, Samman dejó aquí a la suyas y se llevó a las de Unnum, que eran «mejores». Más jóvenes, vaya.

—Ahora entiendo lo que dijo Ulla cuando lo mató: “*Ya no volverás a robarle las mujeres a nadie”.*

—Claro. Esa fue una de las razones por las que le odiaba tanto.

—Pero esas… ¿Se dejaron llevar, así por las buenas?

—Eran casi unas niñas. Supongo que Samman les pareció más fuerte, y en realidad lo era. Además, estaban hartas de Ulla y de sus obsesiones paranormales. Esa mujer es una bruja, de verdad.

—Desde luego que sí. Es… siniestra.

—No solo eso. Instigó para que los dos hermanos se pelearan.

—¿Cuándo fue?

—Pues en realidad, todo vino de más atrás, cuando murió Calem, el padre de los dos hermanos. Los dos hijos querían ser jefes, y Samman derrotó a Unnum en una pelea,

rompiéndole algunos huesos. Se hizo con el control de la tribu, pero eso no fue suficiente: algunas de sus mujeres lo traicionaron.

—Claro, no puedes controlar a una tribu si no tienes a las mujeres de tu parte.

—Exactamente. Ellas le escondieron sus armas mientras dormía y estuvieron a punto de matarlo, si no fuera porque algunos hombres lo defendieron y tuvieron que luchar para salvar sus vidas. Al final no le quedó más remedio que escapar.

—La típica rivalidad entre mujeres.

—Así es. Yo cuando tenga una esposa, solo tendré a esa. Ya he visto lo que pasa por tener más de una.

—¿No tendrías otra esposa si te la ofrecieran? ¿Si te gustara más que la que ya tienes?

Tabal sonrió y miró a Umma fijamente.

—Si la esposa que tengo me gusta de veras, no necesitaré a ninguna otra —afirmó, y después miró para otro lado con un gesto de amargura. Luego preguntó:

—¿Sabes qué pasó con ellas? Con las mujeres que se llevó Samman, me refiero.

—Ya no estaban con él cuando llegamos nosotras. Creo que fueron robadas por otra tribu.

—Ya, lo de siempre. Qué mundo más cruel…

—¿Tú no robarías las mujeres de otros?

—¿Yo? Jamás. Es algo que me repugna. Sigo a Unnum y le obedezco porque no me queda más remedio.

—¿Solo por eso?

—No solo. Se portó muy bien conmigo cuando era niño.

—¿Eres hijo de Unnum?

—No. Yo no he llegado a conocer a mis padres.

—¿Qué ocurrió?

—Apenas lo recuerdo. Yo debía tener… no sé… dos o tres estaciones, como mucho. Fue a causa del volcán.

—¿Qué volcán?

—Claro. Tú debías estar en el norte por esa época. Pero no muy lejos de aquí hubo un gran estallido… toda una montaña explotó e inundó el territorio de lava. Toda la tierra del oeste quedó devastada, y según parece, mis padres debieron morir allí. Yo solo recuerdo el calor, el humo, las cenizas… y también a Unnum, que me recogió y me llevó con él, cuando todavía vivía su padre. Por esa época todavía no tenía hijos varones y me trató como si fuera suyo. Su mujer, Masha, ha sido como una madre para mí.

—¿Masha? ¿Te refieres a la que se ha hecho cargo del hijo de Sudda, la mujer que murió el día que nos encontrasteis?

—Sí, esa. Cayó en desgracia cuando Unnum prefirió a Ladda, y ahora está desquiciada. El jefe ya no es el mismo que antes, y desprecia a los hijos que tuvo con ella. De hecho, esta ya no duerme con él.

—Pobre mujer.

—Desde luego. Pero ahora Ladda ve peligrar «su trono» si Unnum se encapricha de tu compañera, de Thura.

—¿Tú crees que ocurrirá?

—¿El qué?

—Que Ladda corra la misma suerte que Masha, y sus hijos también sean despreciados.

—Pues, seguramente. Unnum siempre las ha preferido jóvenes.

—¡Qué dura es la vida! —suspiró Umma—. Cuando no son los peligros de la naturaleza, nosotros mismos nos los creamos.

—Así es —asintió, mirando para otro lado—. Y esta tribu es de lo peor.

—Todas son así, Tabal. Al menos tú tuviste suerte.

—No te creas. Al principio, Ulla quería sacrificarme.

—¿Ah sí?

—Es la norma. Siempre que se encuentra a alguien o cuando se aumenta una tribu por conquista, hay que hacer un sacrificio a los dioses. Ya sabes, la tribu aumenta sus recursos, y los dioses se tienen que llevar su parte como tributo. En agradecimiento, vaya. Y como yo fui el único que encontraron, pues no había otro candidato.

—¿Y qué pasó? ¿Unnum la convenció para que no lo hiciera?

—No. La noche anterior al plenilunio, Ulla tuvo un sueño. Báloc le dijo que no debía matarme, pues yo era un superviviente, y como tal, traería la supervivencia a la tribu.

—¡Anda! Otro talismán, como yo.

—Sí, puede ser. Por eso Ulla me puso este nombre, Tabal. Yo estaba tan conmocionado con lo del volcán que no recordaba ni como me llamaba.

—¿Qué significa?

—¿Tabal? «El protegido de Báloc».

—Pero, ¿eso no sería «*Tabáloc*»?

—No. Eso significaría «proteger a Báloc». En nuestra lengua, para expresar la pertenencia, el nombre pierde su última sílaba.

—¡Ah! Es verdad, no me acordaba. Todavía no manejo bien tu idioma.

—Pues yo creo que lo manejas muy bien, Umma. Para conocerlo solo desde hace tres estaciones, lo hablas tan bien como yo.

La muchacha se encogió de hombros y él añadió: —Eso es señal de que eres muy inteligente.

—Gracias —repuso, mirando para otro lado. —Quizás los dos idiomas se parecen.

—¿Que se parecen? Pues yo cuando te oigo hablar con Kara, no me entero de nada. No entiendo ni una palabra, vaya. Otras veces hemos visto a otras gentes, pero nos hemos podido entender.

—Claro, porque todos pertenecéis al pueblo Samo, las gentes que siempre han habitado aquí.

—Eso es. ¿Cuál es entonces tu pueblo?

—El pueblo Kuru. La tradición dice que nuestro origen es lejano, en el noreste, y por alguna razón nos fuimos hacia el oeste, aunque siempre en el norte. Hasta que bajamos al sur y nos encontramos con Samman.

—El pueblo Kuru… ¿por eso tu madrastra se llama Kara?

—No sé —se encogió de hombros. Después preguntó:

—Oye, Tabal, ¿tú crees que yo tendré esa suerte? Me refiero, la suerte que tuviste tú. ¿Crees que Ulla se arrepentirá de su decisión de matarme?

—¡Ojalá! —respondió, con un deseo que le salió de lo más profundo de su corazón—. Pero es imposible —se lamentó—. Desde entonces no ha vuelto a «indultar» a nadie, y menos a una mujer.

—¿Por qué no a una mujer?

—Las mujeres son más valiosas que los hombres. Solo tienes que ver lo que ha pasado con tu tribu.

—¿Solo por eso? —se ofendió—. ¿Somos más valiosas porque así se puede tener un harén más grande?

—No solo por eso. Cuantas más mujeres tenga una tribu, más grande será esta, pues más hijos tendrán. Una tribu con muchos hombres y una sola mujer, por ejemplo, nunca crecerá.

—Ya —comprendió—. Pero entonces no lo entiendo, Tabal. Si las mujeres son más valiosas, ¿por qué sacrificarlas?

—Pues por eso mismo. Cuanto mayor sea el valor de lo sacrificado, más predispuestos estarán los dioses a ayudarnos. Tú eres lo más valioso que tenemos, y de esa forma, Ulla espera agradar a Báloc y que nos mande la lluvia —informó. Tabal no se explicaba cómo era posible que Umma no supiera esas cosas—. ¿Es que no se hacían sacrificios en vuestra tribu?

—Solo de animales. Nuestra hechicera decía que los sacrificios humanos, lejos de agradar a Dios, le repugnan.

—Ah… —se sorprendió.

—Pero, ¿tú crees eso? —siguió Umma—. ¿Tú crees que si yo muero, viviréis mejor?

—No. No lo creo. Báloc no ha podido crear algo tan maravilloso como tú —la miró con dulzura—, para que muera tan joven.

Ella sonrió y le acarició en la mejilla. Después le dijo:

—Pero entonces, ¿por qué le avisó durante ese trance que tuvo, de que yo tenía que morir?

—¡Vete tú a saber! —hizo un gesto con la mano—. Quizá no fuera Báloc. Quizá fuera cualquier otro dios, o mismamente, un demonio. O fueron imaginaciones suyas. Esa vieja está loca. Es una pena que nuestro destino esté en manos de una persona como esa.

—Pues sí. De todas formas —se preguntó—, no lo entiendo, Tabal. Si tan mal estás aquí, ¿por qué no te marchas?

—¿A dónde iba a ir? —respondió—. Ya es difícil sobrevivir formando parte de una tribu… con que estando solo… Pero no te creas que no lo pienso. Es una idea que se me pasa por la cabeza… a menudo.

En ese momento, uno de los hombres que estaba sobre una elevación vigilando el campamento llegó corriendo y dijo:

—¡El uro!

—¿Dónde? —preguntó Unnum.

—Detrás de aquella colina —señaló—. Si lo cercamos bien, podríamos acorralarlo en un pequeño barranco que hay detrás.

—¡Vamos!

Todos los hombres brincaron al instante y agarraron sus armas. Si conseguían cazar a ese animal, se acabaría el hambre.

Cuando llegaron, el bóvido estaba pastando en las escasas hierbas que había en una pequeña hondonada. Todos los hombres se dispusieron alrededor de la misma y comenzaron a acercarse poco a poco.

El uro, un coloso reluciendo al sol, casi más alto que un hombre, percibió la presencia de los cazadores y alzó la cabeza, olfateando el aire con sus anchas fosas nasales. Sus cuernos medían más de dos codos y eran tan gruesos en la base como la pierna de un niño.

La bestia lanzó un bufido que sonó en la hondonada como el grito de cien guerreros, pero eso no amedrentó a los cazadores, que siguieron acercándose con sigilo, pero también con decisión.

Pero antes de estar a tiro de lanza, el coloso emprendió la carrera en dirección a uno de los ellos. Este esperó y esperó mientras sus compañeros corrían para sumarse a él. Cuando el animal estuvo lo suficientemente cerca, el guerrero arrojó su lanza con todas sus fuerzas en dirección al cuello, pero esta impactó en el cráneo y no se clavó. Eso sí, el animal quedó aturdido durante unos instantes que fueron aprovechados por los otros para enviar sus lanzas contra su costado. Sin embargo, el bicho se revolvió y solo dos quedaron incrustadas en el lomo.

El uro siguió corriendo con las lanzas clavadas y embistió con furia a dos de los hombres que volaron por los aires, cayendo a continuación con un estruendo sordo. El animal, descontrolado, corrió en la dirección hacia donde estaban Unnum, Ator y Tabal, en un lugar mal defendido. El jefe consiguió clavarle una tercera lanza en un cuarto trasero, que solo consiguió que frenara un tanto su carrera. Aquella bestia, que podía pesar tanto como diez hombres, continuó corriendo hacia los tres, que ahora estaban relativamente acorralados, y el animal enfiló con sus cuernos apuntando hacia los cazadores como lanzas naturales de su propia defensa. Ator, quizás a propósito, entorpeció los movimientos del jefe y lo dejó expuesto enfrente del uro, para que este lo atravesara con uno de sus cuernos. Unnum tropezó y perdió su otra lanza, y se vio totalmente perdido, pues estaba justo contra una pared de roca, a escasos diez pasos del animal.

Y hubiera muerto con toda seguridad, si no fuera porque Tabal pasó entre él y la bestia y desvió la atención del bóvido hacia su propia persona. Con el quiebro se consiguió que perdiera velocidad y eso era lo que pretendía él. El muchacho ya estaba preparado con su lanza en ristre firmemente sujeta, y cuando llegó la bestia a su altura, el arma estaba esperándola y su propio peso se descargó sobre la misma atravesándole el cuello y llegando hasta el mismísimo corazón. El uro rugió, con un eco que reverberó entre las colinas antes de caer al suelo, y la tierra tembló con el impacto. Y ahora sí, llegó Ator, y también clavó su lanza en el animal, al igual que hicieron a continuación los demás.

Unnum se levantó y abrazó al joven con lágrimas en los ojos, mientras que lanzaba una gélida mirada al tuerto, quien, sin embargo, no pareció darse por aludido y se sumó al clamor de los hombres que celebraban aquella importante victoria.

Una vez que hubo pasado el peligro, toda la tribu se reunió en torno al animal muerto y lo festejaron con júbilo, abrazándose unos a otros.

Pasó bastante tiempo antes de que el jefe, todavía emocionado, se dirigiera a Tabal haciendo callar a la tribu para que pudiera ser oído.

—¡Mi joven amigo! —gritó exultante—. Has salvado mi vida y quizás la de muchos otros. Es costumbre conceder una mujer a quien se distingue en la guerra, pero yo quiero hacer contigo una excepción.

El corazón del chico comenzó a latir con fuerza y miró hacia Umma, quien también lo miró a él con ansiedad. En ese momento, Ulla tiró de la manga de Unnum y le dijo algo al oído, y este asintió como respuesta. El jefe siguió:

—Desde hoy te concedo a Kara, quien a partir de ahora dejará de ser la mujer de Ator para convertirse en tu esposa.

—¿Cómo? —gritó el tuerto—. ¡Kara es mía!

—¡Ah! ¿Ahora te interesa? No parecía gustarte mucho cuando te la ofrecí por primera vez.

—¡Es mía, Unnum! —bramó—. ¡No me la puedes quitar!

—¡Era tuya! —enfatizó—. Ahora es de Tabal.

El chico miró hacia el marido despechado y puso cara como diciendo: «yo no tengo la culpa de nada…». Pero Ator enseguida se encaró con el jefe y le agarró de un brazo acercando su único ojo a su cara:

—No tienes ningún derecho. ¿Me oyes? ¡Ningún derecho!

El aludido se sacudió aquella mano con furia y masculló, entre dientes:

—Haber puesto más empeño, tuerto. Quizás te hubiera dado una de las mías, si hubieras sido tú quien me salvara la vida.

—Dale una de las tuyas al muchacho, si tanto le debes —musitó, con fiereza.

—Si se lo debo a él es porque antes me lo quitaste tú. Ya sabes a qué me refiero.

El jefe no perdonaba que Ator le hubiera dejado expuesto ante el uro, probablemente adrede. Los dos se aguantaron la mirada durante unos instantes y finalmente dijo el tuerto:

—Esto no quedará así, Unnum.

La majada

La tribu se sació sobradamente con la carne del animal y primero consumieron las partes más blandas, es decir, las vísceras, pues son más difíciles de conservar. A continuación, cocinaron toda la carne restante y ahumaron el resto con el objeto de que les durase más tiempo. Antes de caer la noche, el clan de Unnum se dirigió hacia las cuevas, donde guardarían las preciadas provisiones en un pequeño foso recubierto por hojas aromáticas para ahuyentar a los insectos. La comida les duraría un buen puñado de días hasta que se pudriese.

Durante el camino, la decisión de Unnum de quitarle la nueva esposa a Ator para dársela a Tabal fue la comidilla entre los miembros de la tribu, que no paraban de comentar lo que había ocurrido.

El tuerto viajaba solo, en la retaguardia, con una cara que era todo un poema. Quien sí parecía más contenta era Lura, la esposa del tuerto y madre de sus hijos. Kara ya marchaba junto a los suyos al lado de Umma y de su nuevo esposo, quien no parecía muy contento a pesar de todo. Tampoco lo estaba la muchacha, quien mantuvo una larga conversación con su madrastra, camino de las cuevas. Una conversación que fue ininteligible para Tabal, pues las dos mujeres hablaron en su idioma.

Al anochecer llegaron al promontorio sobre el que se alzaba su residencia habitual, el macizo cárstico donde el agua había horadado durante eones los espacios en los que ahora habitaban.

Como siempre hacían, se encendió un fuego a la entrada de la cueva y algunos hombres prendieron antorchas y entraron primero para comprobar si había entrado alguna alimaña. Recorrieron todos los recovecos y cuando confirmaron que no había peligro, entraron todos los demás. Las mujeres guardaron las provisiones y después se marcharon a sus respectivas estancias donde sus esposos, felices, las estaban esperando.

Kara

A sus treinta y dos estaciones, Kara afrontaba la vida con pragmatismo. Copular con Ator no había sido ni mejor ni peor de lo que había sido hacerlo con otros, de los muchos con los que lo había hecho en su vida. Había tenido ocho hijos de seis hombres diferentes, tres de los cuales aún sobrevivían y los llevaba consigo. De sus esposos, todos habían muerto en las peligrosísimas sesiones de caza, atacados por fieras, por enfermedades, o en la guerra. El más reciente, precisamente por eso último, hacía solo unos días. Era el lugarteniente de Samman, que murió justo antes que este.

Que ella siguiera viva después de ocho partos en aquel mundo tan hostil era toda una proeza, y realmente se consideraba una superviviente. Pocas mujeres conocía que hubieran llegado a esa edad, y Ulla, la hechicera de su nueva tribu, era una de ellas. Esta incluso la superaba, pues debía tener más de cuarenta.

Ahora Kara era la mujer de Tabal y ciertamente no esperaba nada particular del acto amoroso, salvo que seguramente el chico terminaría pronto, ya que era joven y virgen, según se decía. Como era la primera vez, los hijos de Kara se quedaron esa noche con los de la nueva esposa de Cadfe —la mujer poco agraciada—, cuyos retoños eran amigos conocidos y así no extrañarían a la madre.

Se preparó apropiadamente como toda hembra asignada a un varón: se lavó el pubis y se acostó desnuda, esperando a su esposo que aún conversaba con otros hombres en el centro de la cueva. Mientras aguardaba, repasó el plan que iban a ejecutar aquella noche, y que, si salía bien, salvaría a Umma de la muerte.

Todo había comenzado la noche anterior, cuando Kara yació con Ator. El tuerto le hizo algo que nunca le había hecho antes ningún otro hombre, y que fue tocarle los pechos. Si es que podían llamarse «pechos» a aquellas pequeñas protuberancias que apenas sobresalían de su torso. De hecho, ahora que el último de sus hijos hacía tiempo que había terminado la lactancia, eran prácticamente indistinguibles de los de un hombre cualquiera. Es más, los hombres por lo general tenían incluso más pecho debido a su musculatura, que siempre estaba en constante uso y por tanto, muy desarrollada.

Pero el tamaño de los senos de Kara no era una excepción, sino la norma, siendo lo realmente excepcional lo que tenía su hijastra. Unos pechos que Ator sin duda deseaba, como quedó claro y patente con ese gesto que le hizo a la mujer.

Así las cosas, cuando terminaron de copular, esta le preguntó:

—Deseas a Umma, ¿verdad?

—Sí —respondió de forma seca. La luz de la hoguera principal de la cueva llegaba tímidamente hacia donde estaban ellos, y Kara pudo ver la rabia reflejada en los ojos —mejor dicho, en el único ojo—, del que había sido su esposo a lo largo de unos pocos días.

—¿No te gustaría que fuera tu esposa? —siguió diciendo. Él no contestó, pero puso un gesto claro de asentir.

—¿Qué te lo impide? —insistió, intuyendo una posibilidad de salvar a la chica.

—Pues, para hacerlo —replicó—, tendría que matar a Unnum y proclamarme jefe. Eso, para empezar.

—¿Así se salvaría?

—Primero tendría que acostarme con ella. Así dejaría de ser virgen y Ulla no la mataría. Sacrificaría en su lugar a alguna de las niñas capturadas, que también son vírgenes.

Al oír eso, Kara se calló. Tampoco era plan sustituir a Umma por otra niña, que podría ser alguna de las suyas. Pero eso era prever demasiado. Quizás no sacrificara a ninguna, o de hacerlo quizás fuera el bebé de Sudda, que estaba enfermo y moriría de todos modos.

—El problema es Tabal —siguió Ator—. Tendría que matarlo también a él.

—¿De verdad que el problema es ese? —se sorprendió—. ¿Es acaso el chico más difícil que Unnum?

—No —sonrió—. A ese lo puedo matar incluso con el ojo cerrado.

—¿Tan fácil? Es un muchacho fuerte…

—Sí, pero yo lo soy más. En mi vida he matado a muchos hombres, mientras él no ha matado a ninguno.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Le tengo aprecio —replicó—. Sé que tendría que matarlo para conseguir a la chica, y no me gustaría hacerlo.

—Bueno… Yo podría hablar con él. Si le convenzo para que se esté quieto cuando tú...

—No servirá de nada —interrumpió—. Es leal a Unnum hasta la muerte. ¿Por qué crees que la ha dejado a su cargo? —masculló, con rabia—. Porque sabe que no le traicionará —afirmó.

Esa fue la conversación que tuvieron la noche anterior. Pero ahora las cosas habían cambiado. En realidad, fue toda una suerte que el chico cazara al uro, y más aún que, como recompensa por haberle salvado, Unnum le otorgara a ella por esposa. Porque eso ponía las cosas muy fáciles para consumar el plan, y durante el camino hacia las cuevas, Kara se acercó un momento a Ator y le dijo:

—He hablado con Umma, y va a colaborar.

El tuerto se sorprendió gratamente. Desde luego, ya había decido matar a Unnum, pues lo que había ocurrido aquella tarde después de cazar al uro había sido la gota que colmó el vaso. Le agradó comprobar que había alguien más que estaba de su parte.

—¿Y qué pasa con Tabal? —preguntó, con cautela.

—Yo me encargaré de él. Lo mantendré «ocupado», ya me entiendes, y te aseguro que no se enterará de nada.

El hombre sonrió de forma pícara, y dijo:

—Pues entonces, yo me encargaré de Unnum.

El plan

Tabal tardaba en llegar. Desde donde estaba Kara, que eran “los aposentos” de su nuevo marido, apenas se oía un murmullo de las conversaciones que tenían los otros hombres de la tribu en la parte central de la cueva. Quizás ella se había adelantado en acudir allí tan pronto, y debía haber permanecido con los demás…

Desde luego, estaba ansiosa por consumar el plan, que, en principio, no debía fallar. ¿O sí?

La espera la estaba poniendo nerviosa, y pensó si, en lugar de lo que había ideado, no sería mejor que ella se escapase con Umma para librarla de la muerte. Pero enseguida desechó la idea. No podrían sobrevivir solas vagando por aquel mundo hostil, y probablemente morirían al poco tiempo de escapar, víctimas de los depredadores, o peor aún, del hambre. Buscar otra tribu que aceptase a las dos y a los tres chiquillos era una posibilidad, pero más bien remota.

Las mujeres y los niños eran un bien preciado: las primeras por su valor intrínseco, y respecto a los pequeños, los varones con el tiempo se convertirían en nuevos guerreros con los que acrecentar el poder de una tribu, y las hembras en nuevas esposas con las que compensar a quienes se distinguían en la guerra. Porque ni las mujeres ni los niños se perdían en las batallas que casi invariablemente se libraban cada vez que dos tribus se encontraban. Por el contrario, se respetaban sus vidas y se asignaban a los guerreros más esforzados. La costumbre de Ulla de sacrificar a los dioses, al menos a una persona de las capturadas, era, afortunadamente, algo infrecuente.

Pero si escapaban, esperar a que alguien las acogiese antes de que murieran en la estepa era prácticamente imposible debido a la escasez de personas que había en un mundo que se encontraba prácticamente deshabitado. De hecho, la tribu de Unnum era la primera que habían visto en muchas semanas, y habían permanecido un tiempo incluso mayor en el pasado sin ver a nadie. Y si para dos mujeres era difícil, para una sola —Umma, en el caso de que escapase sola— era prácticamente imposible. La única posibilidad de que la chica sobreviviera al plenilunio era que se produjera un cambio de opinión en la mente de sus ejecutores, aunque nada hacía predecir que ese ocurriera, si no había ocurrido ya desde que se firmó su sentencia de muerte.

Por tanto, había que forzarlo. Había que forzar un «golpe de Estado», y en eso estaba Kara metida esa noche.

Ator se había quedado dolido cuando Unnum le arrebató a la madrastra para dársela a Tabal, pero tampoco se resignaba a perder a Umma, quien obviamente fue su primera elección. No en vano, le asistía la ley: le correspondía por derecho de conquista, y, aunque el jefe tenía preferencia en la elección de las mujeres conquistadas, lo cierto es que Unnum le concedió el derecho de «elegir la que quisiera» en la próxima guerra, es decir en la que se acaba de librar, por una brava actuación que aconteció en el pasado.

El «golpe de Estado» era factible. Con Unnum muerto, Ator se haría con la jefatura y declararía a Umma como su esposa, siendo Kara la testigo de que se había consumado el matrimonio. Al no ser ya la chica virgen y además, siendo la esposa del líder, Ulla tendría que anular su sentencia de muerte y buscarse otra víctima propiciatoria.

Esa quizás era la única parte del plan que podía salir mal: que la hechicera no aceptase a Ator como jefe. Eso le pondría en contra de los otros hombres, pudiendo incluso peligrar la vida de Umma.

Aunque, en el fondo, la vieja no podría reprender al tuerto por haber asaltado a la chica; la culpa siempre seria de Tabal, por no haber cumplido con su deber de vigilancia, y sobre todo de Unnum, por haber asignado esa labor a un incompetente.

Aun así, el delito se habría cometido, y Ator habría mancillado el cuerpo de una joven que debía de ser sacrificada virgen a los dioses.

Pero bien pensado, Ulla no tendría más remedio que aceptar los hechos consumados. La vieja era malvada, pero también muy lista. En ausencia de Unnum, Ator era el único hombre con el suficiente arrojo y valentía para sacar a la tribu adelante. En el fondo, era el único «macho alfa» que quedaba, pues los demás, aunque rudos y esforzados, no tenían la suficiente inteligencia ni la capacidad necesaria para tomar las mejores decisiones en un mundo tan hostil como ese.

«Ya vienen», se dijo Kara, al oír pasos acercándose hacia el lugar en el que se encontraba.

Porque el hecho de que ella fuera ahora esposa de Tabal no le libraba a este de la vigilancia de Umma, pues era el único miembro de la tribu en quien Unnum confiaba para tal menester. Cualquier otro hubiera aprovechado para copular con la chica sin dudarlo, pero este tenía la cabeza lo suficientemente fría para no jugársela por una cosa así.

Por tanto, aquella «noche de bodas» entre Kara y Tabal tenía una convidada de piedra que era Umma. Eso había sido toda una suerte para los planes que madre e hija se traían entre manos, unos planes que tenían que contar necesariamente con la conformidad de la chica, quien ya había sido convencida por su madrastra de que era lo mejor que le podía pasar.

Como buen guardián, Tabal no se había separado ni un instante de la muchacha. Pero Kara había conversado con ella en su idioma, delante de él, y por tanto, este no se había enterado de nada.

Su idea inicial había sido matarlo. Ahora que ella era su esposa, podría clavarle un cuchillo en cualquier momento en la intimidad del acto amoroso. Realmente, eso hubiera sido lo lógico para conseguir que el plan saliera bien. Kara nunca se creyó que Ator no quisiera hacerlo porque «le tenía aprecio», sino que, más bien, era porque temía enfrentarse a un joven en la plenitud de sus facultades visuales en un lugar poco iluminado, teniendo que servirse de un solo ojo. Matar a Unnum en las mismas circunstancias era más sencillo a pesar de todo, pues el jefe tenía fama de dormir como un lirón y un ataque por sorpresa sería más efectivo. Por el contrario, el joven estaría sin duda «en guardia», pues su misión era impedir que nadie se acercara a la chica.

Pero el problema era que Tabal no podía ser eliminado así por las buenas. Umma había dejado claro que no colaboraría en todo aquello y que gritaría despertando a toda la tribu si se atrevían a tocar al muchacho.

Así las cosas, Kara ideó un «plan B», que consistía en neutralizar al muchacho de la forma que ella mejor sabía: intimando con él. Era más que probable que, en la penumbra de la caverna y además siendo su primera vez, el chico ni se enterara de que Ator había aparecido por allí y se había llevado a Umma para acostarse con ella. Sí, eso funcionaría con total seguridad, se dijo la mujer. Kara era experta en hacer gozar a los hombres; siempre fue la favorita de todos aquellos con quienes estuvo, y quizá esa fuera la razón por la que tres de sus hijos aún seguían vivos. Ellos siempre se llevaban los mejores bocados y tenían preferencia sobre los hijos de las demás.

Nada podría sucederle después al chico por no haber vigilado lo suficiente, pues Unnum ya estaría muerto y no podría castigarlo por ello.

Por fin llegaron Tabal y Umma, y esta última se acostó envuelta en su piel de megalócero en el extremo de la cueva. Kara sonrió y se quitó la piel que le cubría el cuerpo, mostrando su desnudez a su nuevo marido. En realidad, no procedían llamarse todavía marido y mujer en tanto y cuanto Tabal no la penetrara: técnicamente, ella seguía siendo esposa de Ator, hasta la consumación.

Pero, sorprendentemente, el chico pasó por su lado limitándose a devolverle la sonrisa y se acostó en medio de las dos mujeres, con la espalda vuelta hacia su teórica nueva esposa. Y casi al instante, el joven se durmió, como mostraba su respiración profunda y acompasada.

Aquella actitud despistó a Kara. ¿Por qué la había ignorado? Desde luego, aquello sí que había sido una sorpresa. Un chico virgen, en la plenitud de su juventud… ¿Por qué no la habría tomado por esposa? Aunque ella ya era «mayor», y a pesar de sus numerosos partos, todavía gozaba de buena figura y su cuerpo no se había deformado demasiado. Tenía buenas caderas y podría concebir algunos hijos más. Era desde luego apetecible, se dijo, y sopesó si quizá al chico no le gustaran las… No. Desechó la idea casi de inmediato. Tabal no perdía detalle de los atributos femeninos de Umma; no dejaba de mirarla, y se notaba claramente que no era solo para mantenerla vigilada.

Claro… el muchacho se había enamorado, concluyó. Se decía que algunos hombres eran capaces de eso que llaman enamorarse, aunque ella en su larga vida no había visto ningún caso. Los hombres solo veían a las mujeres como hembras con las que copular, igual que hacían los animales.

En cualquier caso, ella debía actuar de inmediato, pues Ator estaría a punto de llegar para llevarse a Umma. Aunque Tabal parecía dormido, a buen seguro que estaría solo en «duermevela», y el mínimo ruido lo despertaría. Por tanto, iba a incorporarse para despertarle e intentar hacer el amor, pero en ese momento sintió una aguda punzada en el estómago y se le revolvieron las tripas. Una arcada estuvo a punto de hacerla vomitar y se levantó para salir al exterior de la cueva y así poder aliviarse. Una vez fuera sintió de nuevo la punzada e intentó defecar, pero no pudo hacerlo a pesar de lo mal que se encontraba. El frío de la noche no era suficiente para sofocar el intenso calor que sentía en ese momento, y pareció sudar por todos y cada uno de los poros de su cuerpo. Entonces se agachó, pues parecía que se orinaba encima, aunque no ocurrió nada de eso. Lo que pasó fue que salió por su vagina un chorro de sangre como de regla, a pesar de que ya llevaba casi dos lunas de retraso en el período. De hecho, ella pensaba que estaba embarazada, y entonces eso… podría ser un aborto espontáneo, se dijo. En cualquier caso, una vez expulsado ese embrión o lo que fuera, ya se encontraba mucho mejor y se levantó para volver a la cueva. Antes de irse se volvió y miró lo que había echado, pero no lo encontró. La luna, casi llena, daba la suficiente luz como para hacer resaltar aquel cuajarón, pero, sorprendentemente, no lo encontró. Recordó algunas conversaciones que habían tenido ciertas mujeres de su nueva tribu al respecto, sobre desapariciones de flujos de sangre, y se preguntó si ahora le había pasado a ella lo mismo. Imposible saberlo, se dijo.

Cuando entró, sorteó de nuevo el fuego que se abría en el borde de la cueva y pudo ver y oír algún alboroto en la zona donde se acostaba Unnum. Eso era síntoma de que Ator había cumplido la primera parte del plan, es decir, había matado al jefe, y además, lo había hecho de forma «profesional», sin despertar a los otros, como denotaba el hecho de que aquel pequeño jaleo había cesado y no se percibía ningún otro ruido en la zona donde estaban los demás. A buen seguro que las antiguas esposas del jefe habrían jugado algún papel, al estar resentidas con la nueva. ¿Qué habría sido de esta?, se preguntó. ¿Qué habría pasado con Thura? ¿Quizás habría sufrido el mismo destino que su nuevo marido?

Ator

En cualquier caso, el problema era que ella no había cumplido su parte del plan. Se consoló pensando que el chico se había quedado dormido, y quizás Umma pudiera zafarse de él cuando llegara Ator, sin que se despertara, algo que estaría sucediendo en ese mismo instante. Pero se equivocaba: como ya sospechó, Tabal estaba solo traspuesto y sintió los pasos de alguien que se acercaba. Por la forma de caminar reconoció enseguida al tuerto, y su figura, tenuemente iluminada por el fuego, se proyectaba de forma fantasmagórica sobre la pared.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —le preguntó, levantándose, con cierto tono de amenaza.

Ator se sorprendió al no ver allí a Kara y no encontrarla por tanto copulando con el chaval. Enseguida sospechó una traición, pero rápidamente desechó la idea. Probablemente, el muchacho «terminó» rápido y ella no pudo seguir «entreteniéndolo», y prefirió marcharse para no presenciar la escena.

—¡Márchate! —exigió Tabal.

Por un instante sopesó matar al chico. A pesar de tener un solo ojo, el guerrero era superior en la lucha al muchacho, aunque en la penumbra de la cueva estaba en desventaja ante un adolescente en la plenitud de sus facultades visuales. Aun así, no renunció a lo que había venido a hacer.

—Tú, cállate. Esto no tiene nada que ver contigo —le flanqueó y se acercó hacia Umma, que comenzaba a levantarse.

—Respondo por ella, ya lo sabes —el chico se interpuso entre los dos.

—Apártate —masculló firmemente, pero Tabal no se movió.

—No, Ator, ¡no puedes tocarla! ¡Márchate! —gritó.

—De nada te servirá gritar. El sonido no llega a dónde están los demás.

—¡Márchate! —repitió, alargando un brazo y apuntando hacia la salida.

Pero en ese momento se abalanzó sobre él y le retorció el brazo extendido, dándole un rodillazo en el estómago. A continuación, lo arrojó con fuerza hacia el fondo de la cueva, donde se dio un fuerte golpe.

Tabal estaba fuera de combate y Ator se abalanzó sobre Umma, procediendo a arrancarle el tapa-pubis y despojándose del suyo. La chica, que en un principio se iba a dejar hacer, se revolvió y comenzó a gritar, aunque Ator le tapó la boca con sus fuertes manos. Después la golpeó y la obligó a tumbarse en el suelo. Pero cuando estaba a punto de penetrarla, recibió un fuerte golpe en la cabeza. Tabal, aunque afectado por el dolor en el estómago y con el brazo retorcido, tuvo la suficiente garra como para revolverse y asestarle por detrás un estacazo con una de sus lanzas. El tuerto se quejó seriamente por el golpe y se levantó para enzarzarse con el chico, pero al hacerlo se mareó. El golpe había sido fuerte, y se desequilibró dando un traspié, quedándose a continuación tumbado otra vez en el suelo.

Umma se levantó y se cubrió, y a continuación preguntó a Tabal:

—¿Está muerto?

—No. Solo está conmocionado —consiguió decir, jadeando.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Kara, que acababa de llegar. Umma la miró e hizo un gesto con la cabeza girándola hacia los lados, como queriendo indicar que las cosas ahora habían cambiado. Entonces fue cuando se dio cuenta de que Ator estaba en el suelo.

—Debemos de huir antes de que se espabile —dijo Tabal, dirigiéndose a la chica.

—¿Huir?

—Sí. Tú y yo.

El muchacho venía ponderando la idea de escapar desde hacía tiempo. Estaba ciertamente enamorado de Umma y no se resignaba a verla morir en el plenilunio. Con el ataque de Ator se terminó de decidir.

—¡No, Tabal! —intervino Kara—. ¡No podéis huir!

—¿Por qué no?

—Porque Unnum está muerto. Ator lo ha matado y ahora él es el jefe.

—¿Unnum muerto?

Kara asintió.

—Razón de más para irnos. Ator nos matará a los dos.

—No, Tabal. Si Umma fuera su esposa…

—¿La esposa? ¿De quién?

—De Ator. Siendo él el jefe, y si Umma ya no fuera virgen, Ulla no tendría razones para sacrificarla y…

—¡Yo no quiero ser la esposa del tuerto! —saltó la chica, arrimándose al muchacho.

—¡Umma! ¡No tienes elección! —advirtió Kara, usando su propio lenguaje, el idioma kuru.

—¡Vámonos ya! —urgió él, yendo hacia la salida.

—Espera, Tabal —se interpuso en su camino—. ¿A dónde iréis? —Kara sabía que las posibilidades de supervivencia de dos personas aisladas en la estepa, en aquellos parajes inhóspitos, y lo que es peor, perseguidos, eran prácticamente nulas. Solo al amparo de una tribu se podía sobrevivir, y a duras penas.

—No sé dónde iremos. Lo que sí sé es que mañana es luna llena y Ulla la ejecutará al anochecer. Y lo hará, sea quien sea el jefe.

—¿Y si el jefe eres tú?

—¿Yo?

Estaba claro que el «plan B» también había fracasado. Tabal estaba enamorado de Umma y solo sobre su cadáver consentiría que Ator fuera su esposa, lo cual era la única forma de impedir su muerte. Y lo que era peor, ella también parecía estar enamorada de él. Dos chiquillos que jugaban a ser adultos en un mundo rodeados de fieras, literalmente. Entonces Kara pensó rápidamente e ideó un «plan C».

—Sí, tú. ¿Por qué no? Hay una forma más sensata de acabar con todo esto, Tabal. Unnum ha muerto, pero ahora tienes tú que hacer lo mismo con Ator —dijo, mirando hacia el hombre que permanecía en el suelo—. Si lo matas, tú podrías ser el jefe y Umma se salvaría.

—No —respondió—. Aunque lo hiciera, los demás no me aceptarían como tal.

—¡Sí que lo harían! Son hombres rudos, pero están acostumbrados a obedecer. Con Unnum muerto y sabiendo que tú has matado a Ator, bastaría con que les dieras unas cuantas voces, unas cuantas órdenes, y obedecerían sin rechistar. ¡Lo he visto montones de veces, Tabal!

—¿Y Ulla? ¿También obedecería?

—De esa bruja me encargo yo. No te preocupes por ella.

El muchacho sopesó la decisión durante unos instantes y recogió sus armas del suelo. Kara insistió:

—¡Es ahora o nunca!

Finalmente respondió:

—Pues entonces será nunca —replicó, mirando hacia el tuerto, quien ya comenzaba a reanimarse—. Nunca he matado a un hombre a sangre fría, y no será esta la primera vez.

—¡Pero él intentó matarte a ti!

—No —repuso, con serenidad—. Solo quería apartarme de Umma. Además —concluyó—, no quiero seguir formando parte de esta tribu, ni siquiera como jefe. Seguía con ellos por fidelidad a Unnum, pero ahora que ya no está… nada me retiene aquí. ¡Vamos! —agarró la mano de la muchacha y ella lo siguió sin dudarlo.

—Espera, Tabal —Kara volvió a interponerse—. ¿De qué vais a vivir ahí fuera?

—Soy un experto cazador y sé poner trampas. Sobreviviremos. ¡Vamos!

La mujer giró la cabeza hacia los lados, pero de nada sirvió. Sabía ver la determinación en los ojos de un hombre, y no iba a poder hacer nada para retenerlos. Finalmente, el muchacho se dirigió hacia un lateral de la cueva que ella no conocía, y salió de la misma con la chica tras de sí. La pareja emprendió la huida y ambos se perdieron en la lejanía, difuminados como el viento en la noche estival.

Kara permaneció unos instantes más en la entrada de aquella salida secreta y finalmente se volvió hacia la cueva. Cuando entró, Ator comenzaba a incorporarse, aunque de forma muy torpe, y sopesó si debía matarle ella misma en ese momento con su cuchillo de hueso. ¿Por qué Tabal no le habría clavado su lanza en lugar de solo golpearle con ella?, se preguntó. Desde luego, estaba en su derecho de matar a cualquiera que se arrimara a Umma. ¿Sería por falta de valor?

No, desde luego que no, se respondió. La valentía que demostró con el uro hacía descartar que fuese un cobarde.

Desde luego, aquel chico era especial. ¡No era como los otros hombres! A su edad, muchos habían matado ya a varios, e incluso tenían hijos de varias mujeres. Era especial, desde luego, tan especial como lo era Umma, a quien ahora había perdido. Una lágrima se escapó de sus ojos y se preguntó qué sería ahora de ellos. Dos personas no pueden sobrevivir durante mucho tiempo sin estar al amparo de una tribu.

Ese pensamiento le hizo desistir de su idea de matar a Ator, al recordar a sus otros hijos. Después de Unnum, Ator era el hombre más fuerte y capaz de la tribu y su liderazgo era necesario para sobrevivir. Algo que probablemente no conseguirían hacer Umma y Tabal. De nada serviría saber poner trampas si no había presas. Por aquel territorio tan solo pululaban algunos grandes mamíferos —pocos— que migraban hacia el norte huyendo de la sequía. Cazarlos suponía un esfuerzo titánico que implicaba a todos los miembros de la tribu, y dos adolescentes aislados no podrían sobrevivir mucho tiempo a base de las escasas bayas que pudieran recolectar. Unos frutos ya secos después de tantos meses sin llover.

Por fin, Ator se incorporó sentándose en el suelo, pero se volvió a tumbar en él con las manos sobre la cara. No lo podía ver bien en la penumbra, pero a buen seguro que tendría un gran chichón en la cabeza.

—Vamos, Ator, duerme —se inclinó, arropándole con una de sus pieles. Era necesario que no diera la voz de alarma para que los chicos pudieran escapar. —Mañana estarás mejor.

SEGUNDA PARTE

La espera

—No podemos seguir aquí, Ladda. Tenemos que salir.

—¿Salir? ¿A dónde?

Habían pasado ya muchos días. Demasiados, desde que todos los hombres se marcharan a buscar a los fugitivos.

La carne del uro ya se había podrido y quienes quedaban de la tribu llevaban ya muchos días sin comer. Tan solo bebían algo del agua que goteaba en un extremo de la cueva, pero cada vez lo hacía menos. Sin hombres que tuvieran la iniciativa de cazar, las mujeres y los niños se veían en la tesitura de aguardar a que regresasen, o bien salir e iniciar una marcha hacia el norte en busca de lo desconocido.

Kara era partidaria de esta última opción, pero Ladda y Masha, las antiguas mujeres de Unnum, se resistían. Las tres eran las únicas que podían iniciar algún tipo de diálogo constructivo, pues las demás habían enloquecido al ver cómo sus hijos morían, probablemente a consecuencia de ingerir aquella carne putrefacta.

—Salir, a donde sea. Todo menos quedarnos aquí —dijo la madrastra de Umma—. Las filtraciones de la cueva apenas gotean ya, y si bebemos el agua estancada… ya sabéis lo que pasará.

Masha comenzó a llorar. Su bebé casi llegaba al año, y demandaba continuamente mamar. La pobre mujer tenía los pezones escocidos y enrojecidos, pues la leche salía cada vez con menos intensidad y el chico succionaba con fuerza para aumentar un flujo que era insuficiente para sus necesidades alimenticias. A esa edad ya debía complementarla con algo de fruta, pero ya no había nada de eso en aquella cueva. De hecho, el crío estuvo bastantes días con diarrea al probar unos higos podridos que aún conservaban.

—Salir es perecer seguro, Kara —respondió Ladda—. Las fieras nos matarán. Debemos aguardar a que vengan los hombres.

—Los hombres no regresarán. A estas alturas, ya estarán todos muertos.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso eres hechicera, o algo así?

—Ator aseguró que regresarían en dos días. Tres como mucho.

—El chico, Tabal… habrá corrido más de la cuenta.

—No lo dudo. Pero Umma no puede correr. Sus pechos se mueven mucho cuando lo hace y eso le causa molestias.

—¿Tanto?

—Es lo que siempre decía. Las mujeres «normales» no tenemos ese problema; no podemos entenderlo. Pero yo he visto el bamboleo de sus senos cuando hemos tenido que huir, y me lo creo.

Ladda se quedó callada. Ciertamente, aquellos dos adolescentes no eran rivales para una expedición de captura llevada a cabo por una experimentada partida de cazadores.

—¿Qué crees que puede haber ocurrido? —dijo finalmente.

—¿Con los hombres? No lo sé. Pero probablemente los chicos hayan escapado.

—¿Escapar? ¿Por qué? ¿Cómo iban a hacerlo?

—Quizás se escondieron en las montañas, y los hombres no dieron con ellos. Después… quizá estos siguieran una pista falsa y los perdieron de vista.

—Eso es muy improbable, Kara. Aunque… —consideró—, bueno, yo conozco bien a Tabal. Es muy hábil en eso y puede haber conseguido engañarlos. Es difícil, pero puede ser.

—Es lo único que se me ocurre, Ladda. Si los hubieran cazado, Umma habría sido sacrificada, el chico estaría muerto, y los hombres ya habrían vuelto hace muchos días.

—Vale, pero, ¿por qué no lo han hecho? No pueden estar siguiendo eternamente un señuelo falso. Tarde o temprano se darían por vencidos y habrían regresado.

—¿Por qué iban a hacerlo? —Kara puso los brazos en jarra.

—¿Porqué? Pues porque no regresar es condenarnos a muerte a todas nosotras. ¿Te parece poca razón? A nosotras y a sus hijos, claro.

—Te lo preguntaba porque no sé cómo son vuestros hombres. No sé si serían capaces de hacer eso. Yo he estado en muchas tribus y he visto de todo.

—Ya… —Ladda se giró ligeramente y puso su mano derecha sobre la barbilla mientras miraba al suelo. Después dijo:

—Ator es muy capaz de haber encontrado a otras mujeres y no volver. Cadfe y Alú… no tanto. Y los demás… pues depende de lo que hayan encontrado, si es que han encontrado algo.

—Pues si ese es el caso, debemos salir de inmediato. Nadie vendrá a por nosotras.

—Vale, pero ¿y si no es el caso? ¿Y si se alejaron demasiado y ahora están tardando igualmente en volver? Y como no pueden presentarse con las manos vacías, se están demorando porque llevan sacos con comida y no pueden correr.

—Eres demasiado optimista, Ladda.

—No me queda otro remedio que ser optimista, Kara. Por nuestro bien y el de nuestros hijos, ¡tengo que ser optimista!

—El optimismo no nos dará de comer —aseveró—. Además, estamos suponiendo cosas que tal vez no hayan ocurrido. Quizás los chicos se escondieron, y los cazadores se desperdigaron para encontrarlos. Y entonces…

—Las fieras los cazaron uno por uno.

—Exactamente. Las montañas que hay al norte están llenas de tigres, creo.

Ladda sopesó eso por unos momentos y añadió:

—También puede ser que Umma y Tabal murieran atacados por esas mismas fieras y…

—Muy probablemente.

—… y los hombres no encontraran sus cadáveres. Siguieron buscándolos repartidos en grupos pequeños y…

—Y los tigres hicieron su trabajo.

—Sí, exactamente. Eso puede ser —sopesó la viuda de Unnum—. Pero entonces, peor me lo pones. Si ellos no han podido contener el ataque de animales salvajes, ¿podremos hacerlo un grupo de mujeres hambrientas y agotadas rodeadas de chiquillos que están todavía peor?

Kara suspiró. La mujer tenía razón. De hecho, la expedición tenía que haber vuelto a lo sumo en dos o tres días, dando a los chicos por muertos, pues las probabilidades de sobrevivir de

ambos eran muy pocas. Sobre todo por Umma, quien ralentizaría el paso del más hábil Tabal, y por tanto sería un blanco fácil para los animales salvajes. Pero el resquemor de Ator y el odio de Ulla seguro que habían llevado a aquella expedición hasta sus últimas consecuencias, es decir, no habrían parado hasta encontrar sus cadáveres.

—Yo no me preocuparía tanto de las fieras, Ladda —terminó de decir.

—¿Cómo qué no? Pues entonces, ¿de qué nos vamos a preocupar? —respondió, alterada.

—Escúchame —intentó tranquilizarla—. Podemos tener alguna posibilidad si…

—¡Cómo!

Kara suspiró, y tras un momento dijo:

—Eso sí, hay que evitar las zonas boscosas, que son las que más peligro tienen. Verás, por el día avanzaremos en descampado y todas juntas. Si vemos algún animal, pues… haciendo, ruido, gritando, golpeando el suelo con palos… es posible que pase de largo. Y por la noche nos rodearemos de hogueras teniendo la precaución de que siempre haya alguien vigilando.

—Es arriesgado —afirmó, sin convencimiento—. Además, ¿por qué avanzar en descampado? ¡Los animales nos verán desde cualquier sitio! ¿No sería mejor ir entre los árboles?

—No, Ladda. Se nos pueden echar encima desde arriba, o sorprendernos desde cualquier lugar. Es mejor verlos venir desde lejos y estar preparadas.

La aludida volvió a reflexionar. Uno de sus hijos lloraba cerca de ellas y otros chiquillos hacían lo propio. El resto de las madres y sus pequeños permanecían tumbadas, mirando a las dos mujeres con indiferencia y resignación, en un estado casi catatónico, esperando la muerte. A esas alturas, harían cualquier cosa que aquellas dos decidieran, dejándose llevar completamente. Aunque, a buen seguro, muchas no se moverían ya.

—Está bien —dijo la exmujer de Unnum, finalmente—. Si no aparecieran hoy, mañana saldremos de aquí.

La salida

El plan era volver al oasis y al menos poder beber. Después iniciarían un camino hacia el noroeste, hacia una zona que, al menos en el pasado, tenía algunos árboles frutales. Si con suerte por el camino se encontraban alguna otra tribu, tendrían muchas posibilidades de sobrevivir, pues casi con toda seguridad las mujeres serían incorporadas al harén del jefe y de sus distinguidos guerreros, y los niños al fin podrían comer.

Kara pasó la noche en un estado de duerme-vela, pues el hambre era tan aguda que le impedía dormir adecuadamente. Una larga velada de doce horas, ya casi en el otoño, que pasó recordando los acontecimientos que les habían conducido a aquella situación. Especialmente lo que pasó a la mañana siguiente, tras la huida de aquella chica a quien quería como a su hija.

Ator se había despertado antes del amanecer, y lo primero que hizo fue golpearla frenéticamente, acusándola de haber tramado la huida de Umma. Solo dejó de hacerlo porque aún no estaba en condiciones de emplearse a fondo: la cabeza todavía le dolía horriblemente.

Después volvió hacia la estancia principal de la cueva y despertó a todo el mundo:

—¡Tomad las armas! —gritó—. Haceos con todo lo que podáis, y ¡vamos tras ellos!

—¿Se han escapado? —preguntó Ulla, que ya estaba despierta. Nada más oír la noticia adoptó un rictus serio y se le llenaron los ojos de sangre. Después, llena de furia, dijo:

—¡Lo sabía! —farfulló—. ¡Báloc me lo ha revelado en sueños esta misma noche!

—¡Pues ya te lo podía haber revelado ayer, maldita bruja! —rugió Ator—. ¡Vamos a por ellos!

—¿Dónde está Unnum? —La hechicera miró hacia el recodo donde se encontraba la amplia «sala» que eran los aposentos del jefe, pero de allí solo salió Ladda.

—Eso, pregúntaselo al tuerto —dijo esta.

—Ya está en el foso, con los demás —contestó el aludido—. ¡Vamos! —urgió—. Cadfe, Alú, Shacat, despertad a todos los demás y, ¡vámonos!

La hechicera no se movió. «El foso» era un agujero en la roca donde echaban a los muertos, en la zona final de la cueva. Por unos momentos se quedó como petrificada, y solo reaccionó cuando Cadfe exclamó:

—¡Tú no eres el jefe, Ator! Si Unnum ha muerto, debemos elegir un nuevo líder.

—¡Claro que es el jefe! —respondió la vieja—. ¡Unnum se merecía morir! Por su culpa hemos perdido a la virgen… ¡Por habérsela confiado a ese bastardo! —chilló, refiriéndose a Tabal—. Tenía que haberlo sacrificado cuando lo encontramos en la ladera de ese volcán.

—No te preocupes por eso, vieja —masculló Ator—. Ese «bastardo» tiene los días contados. ¡Vamos! —gritó—. Cuando cacemos a los dos, los sacrificaremos juntos.

Los hombres terminaron de prepararse, y las últimas resistencias al liderazgo del tuerto cesaron de inmediato: al haberlo reconocido Ulla, no había nada más que hablar.

—¡Un momento! —gritó Ladda, antes de que se marcharan—. ¡No podéis iros todos!

—¡Tú cállate, ingrata! —rugió la hechicera, dando un bofetón a la mujer. A continuación, le espetó: —si hubieras cuidado a tu hombre como es debido, esto no hubiera pasado.

Y no le faltaba razón. La que hasta entonces era la favorita de Unnum, no movió un dedo para impedir que Ator lo matara. Quien sí que intentó impedirlo fue Thura, su nueva y jovencísima

esposa, pero esta no pudo hacer mucho para impedir aquel homicidio, pues su otra rival le arreó un fuerte golpe en la nuca que casi le mata.

—¿Tú también te vienes con nosotros? —preguntó Ator, dirigiéndose a Ulla.

—Por supuesto. Solo yo puedo impedir que caiga la desgracia sobre la tribu. Si les agarramos antes de que salga la luna mañana, los dioses quedarán complacidos.

—Pero… —Ator pensaba que la vieja les ralentizaría, y la hechicera le leyó el pensamiento:

—Puedo correr más que vosotros si quiero, pues Báloc habita en mí y me da fuerzas.

Y era verdad. La vieja estaba enteramente poseída por el diablo.

—Es más —siguió, agarrando al tuerto por los testículos—. Puedo complacerte mejor de lo que lo haría esa inexperta virgen a la que tanto deseas.

Ator dejó escapar una sonrisa sarcástica y se volvió hacia sus hombres. Todos estaban ya pertrechados y dispuestos, y a una orden suya, todos lo siguieron.

Eso fue lo que había ocurrido hacía ya muchos días. Tantos, que las provisiones se habían acabado hacía tiempo.

Kara recordaba aquellos acontecimientos, en espera de que el alba les diera la señal de salida.

Por su parte, Ladda ahora tenía remordimientos por haber colaborado en la muerte de Unnum. Estaba resentida por la llegada de Thura a la tribu, es decir, la otra adolescente que se unió a ellos junto con Umma, y sobre todo estaba muy dolida por los desprecios que había recibido por parte del jefe en cuanto que la joven le hizo algunas lisonjas a su nuevo marido.

Pero ya no podía hacer nada. Es más, de seguir este con vida, nada garantizaba que Tabal no se hubiera escapado igualmente. La única diferencia sería que Unnum encabezaría la expedición de captura, y no Ator.

Intentó consolarse con ese pensamiento, y fue entonces cuando Kara se acercó a ella y le dijo:

—Vámonos ya. No podemos esperar más. Debemos salvar lo que queda de la tribu.

Y eso fue lo que hicieron. Las dos mujeres intentaron convencer a las otras de que les acompañasen, pero solo consiguieron la adhesión de unas pocas. Las que aún tenían algo de cordura ya no tenían fuerzas para emprender un viaje que probablemente no llegaría a ninguna parte, y prefirieron sumirse más todavía en el letargo profundo en el que ya estaban inmersas, y morir allí, abrazadas a sus hijos.

Así las cosas, solo Kara, Ladda, Masha, Thura, y dos mujeres más, todas con sus chiquillos, fueron las que salieron aquella mañana de la cueva, rumbo hacia lo desconocido.

La búsqueda

Ya había anochecido cuando llegaron al oasis. Aún quedaba algo de agua —poca—, y bebieron hasta reventar. Así durante un rato no tendrían sensación de hambre, al tener la barriga llena de líquido. Los arbustos que rodeaban la charca ya no tenían bayas, y tan solo pudieron llevarse a la boca antes de partir unas cuantas moras arrugadas y marchitas que les produjeron retortijones y gases, más que saciarles el hambre.

La noche la pasaron allí, manteniendo una hoguera encendida durante todo el tiempo. Las mujeres se turnaron para hacer guardia, aunque algunas no pudieron dormir en toda la noche: no dejaron de oír aullidos de lobos y rugidos de osos y tigres por las inmediaciones.

Al amanecer, las fieras ya no estaban. Con suerte habrían cazado algún venado u otro herbívoro y se habían marchado. Como habían pensado, emprendieron camino hacia el noroeste, para iniciar su viaje cerca de la zona devastada por el volcán años atrás. Al menos tendrían el flanco izquierdo cubierto, pues no era probable que de allí viniera el peligro.

Eran seis mujeres, dos bebés y otros seis chiquillos entre niños y niñas, el mayor de los cuales no tendría más de ocho años. Todos se arrastraban pesadamente bajo el sol del mediodía, procurando no distanciarse mucho entre unos y otros para que, en caso de llegar las fieras, pudieran enfrentarse a ellas en un grupo compacto. Cualquier miembro que estuviera separado del conjunto podría darse por muerto, especialmente los pequeños.

Pero esa misma cautela les hacía marchar, lógicamente, al ritmo de la persona más lenta, que en ese caso era Masha, la cual, junto a su bebé y una niña algo mayor, iba siempre rezagada. La pobre mujer no salía de su tristeza y angustia, y el llanto era su inseparable compañero de viaje.

—¡Vamos a morir todas! —gritaba, una y otra vez—. ¡Vamos a morir!

—¡Claro que vamos a morir! —dijo Kara—. ¿Acaso pensabas vivir eternamente?

—¡Mis hijos! ¡Mis pobres hijos!

—Vamos, Masha, date prisa —animó Ladda—. Con suerte mañana estaremos cerca de los frutales. En esta época todavía deben quedar higos y seguro que también castañas. Quizá los membrillos ya hayan salido, con el calor que ha hecho. ¡Verás cómo salimos de esta!

Masha había sido la primera mujer de Unnum hasta que fue sustituida como favorita por Ladda. La primera había envejecido rápidamente tras tener los primeros hijos, mientras que la segunda aún mantenía la lozanía de la juventud a pesar de estar ya cerca de los treinta. Igual que Kara, seguía teniendo una marcada cintura y sus ojos luminosos le daban un aspecto atrayente. No se llevaban mal las dos mujeres a pesar de todo, a pesar de haber competido por el mismo hombre en el pasado. Algo muy diferente a lo que pasaba con Thura, desde luego, a quien Ladda no tragaba de ninguna manera. La adolescente fue engañada cuando le dijeron que el golpe en la nuca se lo dio el propio Ator; pero la joven sabía la verdad y esperaba el momento propicio para devolverle el golpe, nunca mejor dicho.

—Fue ella, Kara. No me cabe la menor duda.

A pesar de marchar en un grupo compacto, las dos mujeres podían hablar con libertad, e incluso criticar a la otra, pues lo hacían en su idioma nativo.

—Pero si tú no le viste entrar, bien pudiera haber sido Ator. ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Por la misma razón por la que a ella no la tocó. ¿Cómo es posible que Ladda no sufriera ningún daño, y a mí casi me matan?

—Porque tú estabas antes. ¿No es así? Él tuvo que dejarte fuera de combate primero para poder acceder a Unnum. Ella estaba después, y como se mostró inofensiva, el tuerto no le hizo nada.

—No. No fue así. En realidad, se podría decir que estábamos las dos juntas, y Unnum junto a nosotras. Ator fue directamente a por este, ignorándonos a las dos.

—Pero, ¿no me habías dicho que no les habías visto pelearse?

—No lo recordaba. El golpe me hizo perder la memoria, pero ahora lo tengo claro. Quizá el hambre me haga agudizarla, pero es lo que te digo. Ator falló su primer intento de clavarle un cuchillo en la garganta, y el otro se revolvió. Yo me desperté y los vi pelearse, hasta que se me nubló la vista y ya no pude ver más. Seguramente ella me golpeó en ese momento. No pudo ser el tuerto, pues bastante tenía con intentar quitarse a Unnum de encima.

—¿Estaba encima de él?

—No exactamente. Estaban los dos en el suelo, intentando ponerse el uno encima del otro. Seguramente fue en ese momento cuando Ator consiguió clavarle el cuchillo, antes de que el jefe se hiciera con sus armas.

—Eso quiere decir que Ladda colaboró con él. ¿No es así?

—¡Pues claro! Estaba resentida, lógicamente, y no hizo nada por impedir que el tuerto matase a Unnum. Y si conseguía matarme a mí también, pues negocio redondo. ¿No te parece? Es imposible que ella no se despertara, con el jaleo que armaron. Que no lo hicierais los demás es normal, pues estabais más lejos, y además, todo sucedió muy rápido. Pero ella tuvo que despertarse a la fuerza, igual que me desperté yo.

En ese momento, la aludida miró a Thura, que era quien había dicho eso. Estaba claro que estaban hablando de ella, y no bien, precisamente. Estuvo a punto de encararse con la joven, pero tuvo que atender a uno de sus hijos que no paraba de quejarse. Las otras dos siguieron hablando de lo que pasó aquella noche.

—Vale, y entonces, ¿se quedó junto a los dos cadáveres —pues suponía que también tú estabas muerta—, durante toda la noche?

—Sí. Supongo que para fingir que ella no formó parte del asesinato del jefe. Probablemente temía las iras de Ulla, y solo salió a decir la verdad cuando Ator despertó al resto de la tribu para ir en busca de Tabal.

—Puede ser —corroboró.

—Lo que no entiendo es cómo tú no tuviste ese mismo miedo.

En ese momento, Kara se puso a la defensiva. En realidad, ella había urdido todo ese plan, y era la responsable de que Thura casi muriera aquella noche, al incitar al tuerto al dar el «golpe de Estado».

—¿A qué te refieres? —fingió.

—Me refiero a que, si Ator hubiera muerto, Ulla se habría ensañado contigo, porque tú tendrías que haber colaborado con Tabal para que pudieran huir.

—Bueno, Ator no murió.

—Ya, pero podía haber ocurrido, ¿no?

—No. Tabal nunca pretendió matarlo. Su plan era huir con Umma, nada más. En realidad, Ulla no era el problema, sino el tuerto. ¿No viste cómo me dejó la cara? Todavía me duelen los

huesos de la mandíbula de los golpes que me dio. Menos mal que no he tenido que utilizar mucho la boca para comer desde entonces.

—Ya, no hay mal que por bien no venga.

—¡Allí! —gritó de repente una de las mujeres—. ¡Allí! —señaló hacia una figura que se acercaba al grupo, a la carrera.

Efectivamente, era un oso. Un gran oso pardo que estaba a menos de cien pasos de ellas, y que se acercaba cada vez más deprisa, rugiendo de forma desaforada.

El grupo se detuvo al instante. Correr hubiera significado la muerte segura, y solo manteniéndose unidas tenían alguna posibilidad. Esa era la norma de actuación con las fieras: no correr. Todos esos animales eran más veloces que los humanos, y por tanto, hacerlo significaba ser cazado con toda seguridad. La estrategia era quedarse quietas, y así el animal podría dudar si lo que tenía enfrente era comida o no lo era. En su pequeño e instintivo cerebro, si algo corre, es que eso es comida.

Las seis mujeres y el niño de ocho años se colocaron formando un corro con los más pequeños en su interior, mientras intentaban cubrir a los bebés con las pieles para que no fueran un blanco fácil. Si todos permanecían unidos, el animal podría pensar que se trataba de un solo individuo de gran tamaño, y por tanto, difícil de derrotar. Si además gritaban y lo desafiaban, eso podría finalmente persuadirlo para no atacar, y podría desistir y marcharse.

Enseguida, todas comenzaron a gritar con la máxima potencia de sus gargantas, mientras agitaban los palos que portaban dando fuertes golpes en el suelo. El oso se sorprendió y aminoró su marcha, lo cual era una buena señal, aunque siguió acercándose sin parar de rugir.

Cuando por fin llegó a su altura, la agresividad con la que lo desafiaban aquellas personas le impidió abalanzarse directamente sobre las mismas, y se mostró cauteloso. En lugar de atacar, se irguió sobre sus dos patas traseras elevándose a una altura de más de dos metros, y abrió la boca mostrando sus largos y afilados dientes mientras emitía un profundo y largo rugido. En ese momento, dos mujeres se orinaron encima y otras dos se desmayaron, directamente.

De no haber sido porque sabían positivamente que no debían huir, lo hubieran hecho en ese mismo instante. Solo Kara y Ladda permanecían incólumes, sin parar de gritar y de agitar sus palos, mientras intentaban cubrir los huecos dejados por Masha y Shiba, que fueron quienes cayeron al suelo.

En ningún otro momento de su vida como en ese, Kara echó de menos tener algún hombre a su lado. El oso ahora estaba indefenso, mostrando su enorme panza frente a ellas, y de haber estado allí cualquier miembro masculino de la tribu, hubiera arrojado una de sus lanzas contra el abdomen del animal y hubiera acabado el peligro.

Pero no. Allí no había ningún hombre y Kara no tenía las suficientes fuerzas para que la suya atravesase la piel de la fiera, que ahora rugía de forma amenazadora y terrorífica.

Aun así, lo intentó. Era una lanza sencilla de madera, toscamente afilada, pues las mejores se las habían llevado los hombres en la expedición de captura de Umma y Tabal. Pero, aunque hubiera sido una de las buenas, el resultado hubiera sido similar. El arma solo consiguió impactar de forma oblicua cerca de los testículos, sin ni siquiera raspar la piel. Eso sí, el animal se enfureció todavía más, y se abalanzó sobre ellas, lo que motivó que dos chiquillos aterrorizados salieran corriendo por uno de los huecos dejados cuando el grupo dejó de ser compacto.

Esa fue su perdición. Normalmente, los niños se quedan pegados a las madres en los momentos de peligro, pero Shiba, una de las mujeres que se desmayó, no respondía a las llamadas del pequeño, y este se vio desamparado. El otro niño era uno de los hijos de Kara, el mayor, que en una reacción instintiva siguió al otro. Pero no sirvió de nada: el oso los atrapó en cuanto salieron, y de un zarpazo derribó al primero e hirió al segundo, al hijo de Kara.

Esta última recogió la lanza del suelo e intentó impedir que el animal los devorara, acercándose con la intención de clavársela directamente. Pero el miedo y la tensión del momento le bloquearon por completo, y se paralizó, poniéndose a temblar como una hoja sin poder controlarse. Solo Ladda, quien acudió en su ayuda, tuvo el coraje suficiente para golpear con fuerza con la suya en el costado del oso. Eso les salvó, pues aparte de las dos mujeres que permanecían inconscientes, las otras dos también se habían quedado paralizadas por el miedo y no se movieron, permaneciendo acurrucadas en el suelo junto a sus hijos.

Pero no pudieron hacer nada. El animal se encaró con Ladda y esta utilizó su vara para defenderse, arreando unos buenos golpes que hicieron ponerse al oso a la defensiva, aunque solo momentáneamente. La mujer tropezó y cayó al suelo, y tuvo que ser Kara, quien acudiera en su ayuda intentando sacar fuerzas de donde no había. La otra se levantó y entre las dos agitaron sus palos contra el oso, aunque de nada sirvió. De un zarpazo, el animal derribó al suelo los dos palos, y ambas se retiraron agarrando al chiquillo herido y saliendo de allí, rezando para que el oso no se fuera a por ellas y se conformara con la pieza que ya tenía, el hijo de Shiba.

Y eso fue lo que ocurrió. La fiera hizo un amago de persecución, pero al final se detuvo y se volvió, procediendo a despedazar al niño para después devorarlo con fruición. La madre se despertó de su vahído e intentó impedirlo, gritando y llorando de dolor, y solo las otras mujeres, con grandes esfuerzos, impidieron que esa fuera la segunda víctima del día.

Ahora sí, todas corrían, mientras el pequeño de Kara gritaba y sangraba a través de una profunda herida que tenía en su espalda.

Por su parte, Shiba terminó de enloquecer. Tras perder a su hijo, la mujer ya nunca volvió a ser la misma, y se las vieron y se las desearon para que no se suicidase arrojándose contra unas piedras o intentando alejarse de su compañía.

Al final llegaron a una zona arbolada donde intentaron recuperar fuerzas, y donde encontraron algo de agua en unas charcas, aunque eso sí, estancada. Tenía una pátina verdosa por encima, pero la bebieron de todos modos. Mejor eso que nada, y el líquido elemento les supo a gloria después del susto que habían pasado.

A continuación, recogieron ramas secas de los alrededores e hicieron un fuego alrededor del cual se acurrucaron y se dispusieron a pasar la noche. Los árboles frutales debían estar a la vuelta de la esquina, pero no tenían fuerzas suficientes para seguir hacia adelante. Quizás, ni las tuvieran al día siguiente.

Una vez pasado el gran susto del día, el hambre ya no les daba agudas punzadas en el estómago, sino que, por el contrario, les empujaba a permanecer quietas, tumbadas, intentando gastar la mínima energía posible para no colapsar unos cuerpos totalmente famélicos y desgastados.

Desesperación

Estaban exhaustas. Ninguna mujer hizo guardia aquella noche, y el fuego se había apagado. Tan solo Kara permanecía despierta, intentando bajar la intensa fiebre que padecía su hijo mayor. El gran zarpazo que le propinó el oso hizo que la herida se infectara y se volviera purulenta.

Masha se encontraba en un estado casi catatónico, pues su bebé se había lesionado en el cuello cuando ella se desmayó, y ya no lloraba. «Otro que no tardará en morir», pensó Ladda, viendo lo mal que estaban todas.

Pero los peligros no habían pasado, ni mucho menos. Antes de que se dieran cuenta, un lobo se abalanzó sobre Masha y sobre su bebé y la pobre mujer apenas se revolvió, dejando que el animal devorara a ambos, casi sin poner resistencia.

Las otras se incorporaron rápidamente, aunque ya era tarde. Otro par de animales se abalanzaron sobre Shiba, quien se había librado del oso solo para caer en las zarpas de dos enormes lobos esteparios. Dos más arremetieron contra los niños restantes, pero sus madres estuvieron rápidas de reflejos y comenzaron a descargar bastonazos sobre ellos, que sin embargo no impidieron que dos críos fueran mordidos. Otro lobo, el más grande de todos, reventó el cuello de una de las mujeres seccionándole la vena yugular.

Al final, no tuvieron más remedio que echar a correr otra vez. Abandonaron todo lo que tenían en aquel infausto lugar, y recogieron a los niños que seguían con vida sacando fuerzas de flaqueza mientras el amanecer se comenzaba a vislumbrar por el este.

Ya solo quedaban tres mujeres y cinco niños con vida. Si, como suponían, Umma y Tabal y sus perseguidores habían muerto, eso era todo lo que restaba de la orgullosa y próspera tribu de Calem, el padre de Unnum y Samman, después de que sus dos hijos se mataran entre sí. Tres mujeres débiles, famélicas, agotadas, cansadas, hambrientas, desesperadas.

Cuando llegaron a los árboles frutales, la mayoría estaban secos. Ni siquiera había castañas, y los membrillos, para su desazón, aún no habían madurado. La falta de agua había hecho pensar a la naturaleza que aún era verano, y se reservaron otorgar el color amarillo a unos frutos que permanecían verdes.

Las mujeres se saciaron con aquellas frutas ingratas, que les parecieron manjares a pesar de todo. Probablemente sufrirían gases y retortijones aquella noche, pero ya les daba igual. Al menos sus hijos se habían llevado algo a la boca, pues ni siquiera insectos o gusanos comestibles pudieron encontrar entre aquellos árboles.

El Norte

La comida, o mejor dicho, aquellas frutas pasadas de temporada no les habían sentado bien, pero al menos sus intestinos aprovecharon algún nutriente que les hizo recuperar algunas fuerzas.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Thura, la joven adolescente, al amanecer. A pesar de la enemistad que tenía hacia Ladda, después de todo lo que habían pasado, las dos se habían unido en la adversidad. Kara era quien estaba peor de las tres, pues había perdido a su hijo mayor. Lo había visto morir entre convulsiones por la intensa fiebre, y la pobre mujer estaba desolada.

Los pequeños no estaban mejor. Solo seguían vivos cinco, que eran los dos de Ladda, la hija mayor de Shiba y las menores de Kara: dos niños de ocho y seis años, y una niña de cinco y otras dos mellizas de cuatro. Ninguno lloraba ya. La rudeza de la vida y el hambre los había hecho madurar de golpe, y se dejaban llevar como autómatas por aquellos parajes hostiles.

—Recogeremos los membrillos que estén menos verdes y nos los llevaremos. Quizás por el camino maduren.

—¿No sería mejor quedarnos aquí? —respondió la joven—. Quizás pase alguien y nos recoja…

—Aquí no hay agua, Thura. No puedes contar con esa de los charcos. Si la seguimos bebiendo, es seguro que enfermemos y muramos.

—Entonces, ¿qué?

—Es mejor seguir hacia el norte —replicó—. ¿Tú qué opinas, Kara?

La aludida tardó en contestar. Finalmente, levantó la vista del suelo para mirar a sus compañeras fugazmente, y simplemente asintió.

Las tres se pusieron en camino y les siguieron los niños, sin protestar. Ahora atravesaban laderas volcánicas, donde no había vida, aunque sí encontraron agua. Se notaba que había llovido algo últimamente —por fin—, y como el suelo no era poroso, aún permanecía algo del líquido elemento sobre la superficie en algunas concavidades.

Así estuvieron durante tres jornadas, en las que no encontraron fieras pues tampoco había presas en aquellos parajes desolados. Hasta que finalmente cambió el paisaje y ahora sí encontraron algo de verde, cada vez más. Pero también frío. A medida que avanzaban hacia el norte y se acercaba el invierno, sus pies descalzos comenzaban a acusar el rigor de un clima cada vez más rudo.

Aunque también mejoraron su alimentación. Los árboles eran enormes, pero abundaban las nueces, las avellanas y las castañas, que consiguieron aplacar un tanto la desesperanza de aquellas supervivientes.

—Estoy pensando —dijo Thura—, ¿te imaginas que encontramos aquí a nuestros hombres?

—¿Por qué iban a estar aquí? —respondió Ladda.

—¿No se habían marchado en dirección norte para perseguir a Tabal?

—Sí, pero el norte es muy amplio, y ellos iban más bien hacia el noreste.

—No es descabellado —intervino Kara, que estaba algo menos cabizbaja desde que comían mejor. Las mellizas habían recuperado algo de vitalidad y se mostraba más decidida a seguir adelante.

—Yo no lo creo —dijo Ladda—. No encontraremos aquí a ninguno. En mi opinión, están todos muertos. De no ser así, alguno habría regresado con nosotras. No todos eran tan bestias como Ator.

—Quizás los «menos bestias» sí murieron —opinó Thura—, y los demás se quedaron por aquí al descubrir nuevas mujeres.

—Es difícil. Nadie se deja arrebatar a las suyas, así como así. Habrían tenido que luchar.

—Pues, lucharían.

—Sí, claro, pero no debían ser muchos, y las posibilidades de ganar una guerra con tan pocos hombres son escasas. ¿Acaso no recuerdas lo que le pasó a tu tribu? La tribu de Samman —la otra asintió—. Por eso yo me inclino a pensar que están todos muertos.

Kara asintió, y en ese momento se oyó el rugido de un oso, mientras varios lobos aullaban en la lejanía. —Vámonos —dijo esta—. Si no encontramos pronto a alguien, estaremos muertas nosotras también.

Se levantaron y se pusieron de nuevo en marcha. Como eran tan pocas, ya no tenía sentido marchar en descampado, y ahora transitaban entre los bosques de pinos y abedules, procurando esconderse y no destacar demasiado. Atravesaron valles, laderas y picos, y desde una pequeña colina divisaron lo que estaban buscando:

—¡Una tribu! —gritó Thura.

Las otras dos se asomaron, aunque lo que vieron no era exactamente una tribu. Tan solo eran cuatro figuras humanas que avanzaban en fila india arrastrando algo que parecía un venado.

—Los demás deben estar cerca —dijo Ladda—. Quizás acampados al otro lado de aquel valle —señaló hacia su derecha.

—Bueno, pues bien, ¿no? —la joven se alegró sobremanera. Por fin habían encontrado lo que buscaban.

—Yo no estaría tan contenta —intervino Kara.

—¿Por qué no? ¿Quién iba a despreciar estas curvas tan maravillosas? —la joven se pasó una mano por la cintura y sonrió de forma pícara.

—Esos no son hombres, Thura —afirmó, con tristeza—. No puedes esperar nada de ellos.

—¿Cómo que no son hombres? —preguntó Ladda—. ¿Qué son, entonces?

—Son brutos.

Efectivamente, Kara tenía razón. Aquellos no eran hombres, sino una especie homínida más antigua que aún habitaba en el planeta: los Neandertales.

—¿Brutos?

—¡Son bestias, Ladda! Thura quizá no se acuerde, pues la última vez que tuvimos contacto con ellos fue hace muchas estaciones. Son salvajes que comen carne cruda y no respetan a nadie, ni siquiera a los niños.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó la joven.

—No sabía que habíamos llegado tan al norte —dijo Kara—. O quizás ellos hayan bajado muy al sur esta vez. Normalmente viven en las zonas heladas y cazan mamuts.

—La caza escasea en todas partes —añadió Ladda—. Si son tan peligrosos, lo mejor sería quedarnos aquí y esperar a que se vayan.

Las otras dos asintieron y siguieron observando a «los brutos». Se trataba de tres hombres y una mujer, enormes, aunque costaba reconocer que esta última era una hembra. Dos hombres eran rubios, y la mujer y el otro hombre, pelirrojos. Los cuatro tenían la piel muy clara y los ojos azules, aunque costaba reconocerlos bajo la maraña de cabellos que les cubrían hasta más abajo de los hombros.

Los cuatro subieron por un repecho que estaba cerca de ellas, y todas se agacharon escondiéndose tras unos arbustos, incitando a los niños a que también lo hicieran.

Pero fueron descubiertas, a pesar de todo. Uno de los chiquillos habló, reclamando la atención de la madre, y los brutos se detuvieron mirando en su dirección.

—¡Corred! —gritó Kara—. ¡Corred todo lo que podáis!

Las tres mujeres agarraron a los niños y comenzaron a bajar la colina, mientras que a sus espaldas oyeron las voces de los cuatro neandertales que comenzaron a perseguirlas. A pesar de que estaban a cierta distancia, ellas no eran rivales para aquellos fornidos y enormes ejemplares, y estos no tardaron en darles caza.

La primera en caer fue Kara. Una de sus mellizas era la que menos corría, y no tardó en ser capturada. A poca distancia lo hizo Ladda, quien recibió un golpe en las piernas propinado por un garrote que portaba uno de los hombres. El golpe fue tan fuerte que le rompió el hueso y cayó presa de un intenso dolor. El resto de los niños se quedaron en torno a las madres, y cesaron la carrera.

La captura de Thura costó un poco más, pues la joven era quien más fuerzas tenía, y además no llevaba a ningún pequeño. Pero fue capturada igualmente, un poco más abajo por la mujer neandertal, quien agarró fuertemente a la chica del pelo y la llevó junto a los demás.

Inmediatamente, los hombres golpearon a las mujeres hasta dejarlas inconscientes, mientras hacían lo propio con los niños, con los que no mostraron piedad alguna. A continuación, procedieron a violar a las tres, salvajemente.

Los brutos

El frío de la noche la despertó. Le dolían todos los huesos y tenía un fuerte escozor en el pubis y por dentro de la vagina. No podía moverse. Estaba sentada de espaldas a un árbol, con las manos atadas por detrás y todo su cuerpo rodeado de cuerdas. Algunas le hacían tanto daño, que apenas podía sentir sus brazos, de tanto como apretaban.

Enfrente de ella, como a unos veinte o treinta pasos, los brutos comían el venado que había visto arrastrar aquel día.

Había un fuego, aunque no era usado para cocinar la comida. Gracias a eso pudo ver en el suelo, tumbados y desperdigados entre los árboles, los cuerpos de todos los niños muertos, y también el de Ladda, sin duda también muerta.

Comenzó a llorar en silencio. Sus mellizas estaban allí, formando un bulto informe, junto a los otros chiquillos, sus compañeros en aquel viaje suicida.

En ese momento se arrepintió de haber convencido a Ladda de salir de aquellas cuevas. Aunque, por otra parte, ¿qué otra cosa podían haber hecho? ¿No era acaso mejor eso que quedarse allí cobardemente, esperando una muerte que sin duda llegaría? Al menos lo habían intentado, se dijo.

El dolor físico y emocional era insoportable, y temió enloquecer en ese mismo momento. Pero, como era una superviviente nata, sacó fuerzas de flaqueza, y no se sumió en la desesperación. Por el contrario, intentó pensar en cualquier cosa, y comenzó a recordar el pasado.

De los ocho hijos que había tenido en su larga vida —treinta y dos años era todo un logro en aquella época—, había visto morir a todos ellos, los tres últimos en aquella loca aventura. ¿Loca?, volvió a preguntarse. En realidad, no había hecho nada que otra persona en su sano juicio no hubiera intentado. Se confortó pensando que todo lo había hecho por sus hijos, aunque hubiera salido mal.

Cuando urdió el plan para asesinar a Unnum lo hizo por Umma, que, aunque no era su hija de sangre, siempre la consideró como tal. Si Tabal no se hubiera empeñado en llevársela, aquel jefe hubiera sido el único muerto de toda aquella aventura.

Pero, ¿cómo iba a saber ella eso?, se dijo. Visto todo con retrospectiva, hubiera sido mejor dejar que Umma muriese aquella noche y así salvar a toda la tribu y al resto de sus hijos. Ulla no estaba equivocada, al fin y al cabo, cuando decidió que había que eliminar a la chica.

«¿Qué habrá sido de ella?», se preguntó. Era altamente improbable que aquellos dos hubieran sobrevivido, aunque, ¿quién sabe? La vida de esa joven había sido un milagro de principio a fin, y el destino no podía haberle reservado una muerte como la que habían tenido todas las demás mujeres de la tribu.

—¿Thura? —dijo, en voz baja. Le había parecido oír un lamento por detrás del árbol, y además, las cuerdas que la sujetaban se habían estirado. Efectivamente, su compañera estaba atada con ella en ese mismo sitio. —¿Estás bien?

—Sí, ahora sí.

—¿Qué te ha pasado?

—Los brutos. Me han destrozado por dentro. Acabo de tener un aborto, o algo así.

—Pero, ¿estabas embarazada?

—Es posible.

—¿De Unnum?

—Sí, probablemente. Lo curioso es que ahora el suelo está seco, Kara.

—Ya, ya.

—Es posible que lo haya imaginado, pero es que, lo sentí de una forma tan... real.

—No lo imaginaste, Thura. A mí me pasó lo mismo la noche en que Umma se fue con Tabal. Yo incluso llegué a ver el charco con la sangre, y un instante después, ya no estaba.

La joven suspiró y se echó a llorar. Después dijo, entre lamentos:

—Creo que tengo un brazo roto, y además, me arde el pubis. No sé si será por lo del aborto…

—No, no es por eso. A mí también me pasa. Estos brutos deben tener algo que nos han contagiado cuando nos violaron.

También Kara comenzó a llorar, y las dos permanecieron así durante un buen rato. Después, la joven se serenó algo y preguntó:

—¿Dónde está Ladda? ¿Y los niños?

—Todos muertos —consiguió decir, entre suspiros, tras quebrársele la voz—. Tú y yo somos las únicas que quedamos.

—Jamás imaginé que los hombres pudieran ser peores que las fieras —dijo, tras un rato.

—Los Brutos siempre han sido así, Thura. Son seres indomables, aunque afortunadamente, cada vez quedan menos.

—¿Quedan menos? ¿Cómo es posible, con lo agresivos que son?

—Solo pueden cazar presas grandes, que corren poco. Su estrategia de caza se basa en la fuerza, y no son hábiles con las lanzas. Solo matan a corta distancia, hincándolas directamente en los animales.

—¿Que corren poco?

—Sí. Aunque a nosotras nos hayan capturado fácilmente, estos seres no aguantan largas carreras como hacen los hombres de nuestra especie. Enseguida se fatigan.

—Pero entonces, ¿cómo han capturado a ese venado?

—No lo sé. Quizás se lo hayan encontrado muerto o…

—O se lo hayan quitado a otros hombres.

Thura había dado en el clavo. Efectivamente, eso es lo que había ocurrido. La joven se había quedado boquiabierta, pues enfrente de ella tenía a uno de esos hombres, un hombre «sapiens», un hombre de la especia humana.

—Chisss —dijo el tipo, arrimándose el dedo índice a la boca—. No gritéis. Esta noche os liberaremos —susurró, y a continuación se marchó sigilosamente.

—¿Thura? Me ha parecido oír… ¿Thura?

—Sí, Kara, sigo aquí.

—Pero…

—Ya se ha marchado.

—¿Quién se ha marchado?

—Un hombre. De los de verdad.

—¿Qué te ha dicho?

—Creo haber entendido que nos salvarán.

—¿Eso es todo?

—Sí. Era una lengua como la nuestra, del norte. Del pueblo *kuru*. Un dialecto distinto, pero he conseguido entenderlo.

Rescate

Ahizú no se iba a dejar arrebatar aquel venado así como así. No temía a los brutos, pues ya se había enfrentado otras veces a ellos, y con éxito.

La clave era no entablar nunca un combate cuerpo a cuerpo, pues entonces su fuerza y su envergadura serían insuperables. Había que usar hábilmente las lanzas, desde la distancia, pues aquellos animales no tenían puntería y jamás lo alcanzarían con las suyas.

Por otra parte, aquella chica cautiva era preciosa. Estaba golpeada y tenía sangre sobre la cara, pero se veía que era joven y con ganas de vivir. Si conseguía salvarla sería su esposa, y a buen seguro que le daría muchos hijos.

Como tantas otras veces, su compañero y él habían seguido incansablemente a un venado hasta la extenuación, y este se rindió exhausto, después de muchas horas de persecución.

Fue cuando lo arrastraban de vuelta hacia el lugar donde se había quedado la tribu, cuando los brutos los sorprendieron por detrás. No hubo más remedio que huir, pues de no haberlo hecho, los hubieran matado allí mismo.

Pero quien ríe el último ríe mejor, se dijo Ahizú, y mientras su compañero se recuperaba de los golpes recibidos, esperaban matarlos más tarde mientras dormían.

El problema fue que aquella noche no hubo luna, y cuando se apagó el fuego no se veía nada dentro de aquel bosque impenetrable.

—Casi mejor, Ahizú —dijo Boran, su compañero—. Al amanecer serán nuestros. En cuánto salgan de los árboles, los cazaremos uno por uno.

El problema fue que los brutos no estaban dispuestos a salir de los árboles. A la mañana siguiente, desayunaron otro trozo de venado, y comenzaron a diseccionar a uno de los niños, con el objeto, sin duda, de comérselo también antes de que se pudriera. Probablemente, mantendrían vivas a las mujeres durante todo el tiempo que pudieran, pues no hay mejor forma de conservar la comida que cuando está viva. Eso sí, aprovecharían mientras tanto para violarlas sistemáticamente hasta que llegara ese momento.

Kara y Thura se habían quedado dormidas de puro agotamiento, y esta última no se despertó hasta que volvió a aparecer Ahizú. El hombre se había aproximado con suma cautela, sin hacer ruido, y procedió a cortarles las cuerdas con un cuchillo de hueso. Tras volverles a rogar que no gritaran, les dijo:

—No podéis huir ahora. El suelo está lleno de hojas secas y haréis mucho ruido. Se darán cuenta y os cazarán.

—¿Cuándo entonces? —preguntó Thura, con ansiedad.

—Yo daré la señal. Una de vosotras correrá ladera arriba, y la otra hacia la izquierda, hacia aquella roca que ves allí —señaló—. Supongo que se dividirán en dos grupos, y mi compañero y yo los estaremos esperando detrás de las piedras.

—Pero… ¡Os matarán! —avisó Kara.

—No, no lo harán —sonrió el joven cazador—. Antes de que se den cuenta, tendrán una lanza atravesándoles de punta a punta.

Las dos mujeres se levantaron despacio en cuanto oyeron el canto de la oropéndola. Eso significaba que los hombres estaban ya apostados en el lugar indicado. Estaban entumecidas, y tardaron un tanto en que la sangre volviera a correr por todos sus miembros.

Los brutos habían terminado de comer y ahora bebían agua en un pequeño recipiente que, cuando Kara lo volvió a mirar, resultó ser la calavera seccionada de un niño humano. De no ser porque tenía el estómago vacío, hubiera vomitado allí todo lo que tuviera dentro del mismo.

—¡Ahora! —gritó la mujer, y Thura se desplazó hacia arriba, corriendo a toda velocidad. Su objetivo era el que estaba más lejos, y por eso ella, que era más joven y en teoría corría más, eligió ese sitio. Era factible alcanzarlo antes de que los brutos le pillaran. Kara por su parte se fue en dirección a las rocas de la izquierda, en un trayecto algo más corto.

Como suponían, dos hombres fueron a por Thura, mientras que el otro y la mujer se dirigieron hacia Kara.

La primera consiguió llegar hasta la roca, y al sobrepasarla, Boran se elevó sobre la misma y arrojó su lanza con fuerza al primer bruto en cuanto lo tuvo de espaldas. El arma dio exactamente donde este pretendía, y aquel ser rubio cayó atravesado a la altura de los riñones. El otro se detuvo y miró hacia arriba, pero sufrió el mismo destino. El cazador le arrojó una segunda lanza que también dio en el blanco, aunque falló ligeramente y solo le atravesó un muslo.

Por su parte, Kara no consiguió llegar al lugar indicado. El largo tiempo que pasó atada a aquel árbol le pasó factura, y en cuanto salió le dio un tirón en el gemelo de la pierna derecha que le impidió correr. Intentó llegar como pudo, cojeando, pero el bruto que le perseguía le arrojó una piedra que impactó en su cabeza y le hizo desplomarse en el suelo, donde se quedó como muerta. No tenían tan mala puntería los neandertales, al fin y al cabo.

Pero eso hizo que los planes cambiaran, y Ahizú tuvo que salir antes de tiempo de su escondite. Aunque Kara y sus perseguidores estaban a cierta distancia, el cazador no esperó a que se le echaran encima y arrojó una de sus lanzas, que afortunadamente también dio en el blanco. El hombre pelirrojo cayó perforado por la afiladísima arma, aunque no así la mujer, que consiguió escabullirse. Sin embargo, en lugar de huir como hubiera sido lo lógico, dio un rodeo y sorprendió a Ahizú por un flanco y los dos se enzarzaron en una lucha cuerpo a cuerpo, en la que el hombre no lo tuvo nada fácil. La mujer era más alta que él y también más fuerte, y el cazador recibió una somanta de golpes que estuvieron a punto de dejarle fuera de combate en más de una ocasión. Sin embargo, su agilidad le permitió esquivar muchos de ellos, aunque una de las patadas que le prodigó aquella hembra le dejó tendido en el suelo.

En la otra zona, Boran se tuvo que emplear a fondo para conseguir derrotar al otro bruto, pues este se arrancó la lanza del muslo y ahora amenazaba con la misma al ser humano que tenía enfrente. Eso sí, no podía correr, y ahora era el hombre quien comenzó a arrojarle piedras, una detrás de otra. La lapidación consiguió hacer su efecto, y el otro rubio quedó aturdido. Entonces Boran corrió alrededor de él hasta que el hombre se mareó y ya no supo dónde tenía a su adversario. En ese momento, este le atacó por detrás y le clavó un cuchillo en los riñones, que le salió por el otro lado. El bruto cayó muerto en el suelo, a poca distancia del otro.

En la otra parte del combate, no iban bien las cosas. La mujer neandertal se había puesto a horcajadas encima de Ahizú, y lo estaba estrangulando, sin que este pudiera hacer nada por evitarlo.

Pero su salvación llegó gracias a Thura. Mientras Boran se deshacía del bruto herido, esta había observado que Ahizú estaba en serios apuros, y se marchó hacia allí. Cuando llegó, agarró una piedra del suelo, y cuando estaba a punto de morir estrangulado, ella se arrojó sobre la mujer y la propinó un fuerte golpe en una de las sienes. La pelirroja soltó las manos del cuello de Ahizú, momento que este aprovechó para zafarse de ella y agarrar un cuchillo

que guardaba en su zurrón. Después, hincó el arma en el pecho de la mujer y esta cayó hacia atrás, poniendo los ojos en blanco.

Fue en ese momento cuando llegó Boran, y los dos hombres se abrazaron.

—¿Dónde está Kara? —preguntó la chica.

—Uno de los brutos le arrojó una piedra —contestó Boran—. Yo creo que está muerta.

Los tres se fueron hacia allá y llegaron a su altura. La mujer estaba tendida en el suelo, boca abajo, y los hombres le dieron la vuelta. En ese momento comenzó a jadear, y abrió los ojos.

—¡Traed algo de agua! —ordenó Thura.

Boran se dirigió hacia un arroyo cercano y se despojó de una de sus pieles, la cual llenó de agua haciendo una especie de bolsa. Cuando llegó donde estaban los demás, Kara estaba sentada, y entre todos consiguieron que bebiera algo de líquido. Eso le reanimó, y comenzó a toser, consiguiendo finalmente recuperar por entero la consciencia.

—¿Cómo estás?

—Bien —contestó—. Pero me duele mucho la cabeza.

—Tienes una buena brecha —informó la joven—. Pero te recuperarás.

—¿Qué ha pasado con los brutos?

—Todos muertos —contestó Ahizú—. Ahora estáis a salvo.

—¿Tenéis comida?

—No. Pero comeremos lo que queda de nuestro venado.

—Os lo robaron, ¿verdad?

Los dos asintieron y uno de ellos preguntó:

—¿Cómo os llamáis? Yo soy Boran y él es Ahizú.

—Mi nombre es Thura y ella se llama Kara. Os agradecemos mucho lo que habéis hecho por nosotras.

—Nosotros también nos alegramos —dijo Boran—. ¿Cómo os encontraron? ¿Esos son vuestros hijos? —señaló hacia los niños, que seguían en el suelo—. ¿Dónde están vuestros hombres?

—Sí, esos son nuestros hijos —respondió Kara—. Y nuestros hombres… bueno, es una larga historia. Si no os importa, preferiríamos comer antes.

—Desde luego —replicó Ahizú—. Venid con nosotros.

El hombre agarró de un brazo a Thura para ayudarla a levantarse, pero ella emitió un grito de dolor.

—¿Qué te ocurre?

—Mi brazo. Creo que está roto. Esos animales me lo rompieron ayer.

—Ah, no te preocupes. Cuando nos reunamos con nuestra tribu, nuestra hechicera te curará. Sabe bien cómo entablillar los huesos rotos. Lo ha hecho muchas veces.

A continuación, asaron lo que quedaba del venado, y consiguieron reponer fuerzas. Parecía que no habían salido mal las cosas, al fin y al cabo. Después de tantos días, al menos dos

personas habían sobrevivido, aunque todos los niños habían muerto. Ese era un dolor que Kara llevaba muy adentro, aunque tenía la esperanza de poder engendrar otros en el futuro.

Lo habían pasado mal. Muy mal. Pero, aunque diferente en grado, aquella mujer había vivido situaciones parecidas con anterioridad. Así era la vida en aquel remoto y salvaje pasado. Kara afrontaba la vida como un vaivén de momentos malos y momentos buenos, de hambre y de necesidad, de cansancio y agotamiento, con otros donde la vida era soportable y a veces, solo a veces, maravillosa, aunque siempre admirable. El presente era un suspiro y el futuro no existía. El sol que nacía hoy podría ser el último, y cualquier cosa era esperable en la odisea de la vida.

Destino

Antes de partir hacia el lugar donde les esperaban, las dos mujeres se lavaron el pubis en el torrente de agua fría que bajaba por la ladera. El picor y el escozor que sentían se había vuelto insoportable, y de esa manera se aliviaron un poco.

La tribu a la que pertenecían sus rescatadores no era mucho más grande de aquella de la cual estas procedían. En realidad, tenía un gran déficit de mujeres, pues la gran mayoría habían muerto en los partos o a causa del frío. Todavía faltaban muchos milenios para que los hielos permanentes se retiraran y la glaciación terminase, dejando al descubierto innumerables tierras que hasta ese momento estaban bajo las nieves.

La mayor parte de la humanidad vivía allí, en esa estrecha franja entre los climas helados y los desérticos, luchando para encontrar su sitio en la aventura de la vida.

Ahizú resultó ser todo un caballero, y Boran, su compañero, no le fue a la zaga. Ambos se interesaron mucho por las dos mujeres rescatadas, y a con el tiempo las tomaron como esposas.

Pero su felicidad no duró mucho. En realidad, el destino de la estirpe de Unnum estaba marcado con el signo de la destrucción y abocado al desastre. En el caso de aquellas supervivientes, la gonorrea, una enfermedad a la que los brutos eran inmunes, acabó finalmente con ellas y con gran parte de su nueva tribu.

Tan solo una pareja de jóvenes, una pareja excepcional donde las haya, parecía zafarse por el momento de aquel cruel destino.

La huida

—¡Para, Tabal! ¡Para!

Nada más salir de la cueva, se pusieron a correr como locos, y no era para menos. Tabal pensaba que Ator saldría inmediatamente detrás de ellos, y se trataba de poner tierra de por medio cuanto antes. Estaba prevenido y miraba hacia atrás regularmente, pensando que tarde o temprano tendría que entablar un combate, esta vez a muerte.

Afortunadamente, la persecución no fue inmediata y eso les permitió tomar alguna ventaja, aunque ya llevaban mucho tiempo corriendo y Umma estaba totalmente exhausta. La chica se detuvo y se inclinó hacia adelante, colocando las manos encima de sus rodillas mientras intentaba recuperar el resuello. Para una muchacha como ella, con los pechos tan grandes, correr era una tarea más bien ingrata.

—No podemos detenernos. ¡Tenemos que seguir! —apremió él— ¡Tenemos que cobrar ventaja antes de que vengan tras nosotros! ¡Vamos!

—No puedo más, Tabal. ¡Déjame descansar al menos un poco!

El chico contempló a su compañera. Su pecho subía y bajaba de forma espasmódica, y su rostro mostraba una gran agitación. Desde que huyeron de la cueva, el muchacho había mantenido un ritmo «suave», sabiendo que las féminas no aguantan bien la carrera. Pero no podían detenerse durante mucho tiempo. Al menos no todavía. Mientras Umma se recuperaba, echó un vistazo por los alrededores. La luna llena inundaba de luz plateada toda la inmensidad del horizonte, y podía ver al fondo unas montañas a las que debían llegar antes del amanecer. Allí se esconderían y pasarían el día ocultos, vigilando que no se les echaran encima.

—Nos atraparán, Tabal. ¡Son expertos corredores!

—¡Yo también lo soy!

—Ya, ¡pero yo no! —replicó—. ¡Y tú tendrás que seguir mi paso! ¡Teníamos que habernos quedado allí!

—¿Es que quieres morir mañana? —gruñó.

—No voy a morir. ¡Ya te lo dije!

—¡Tonterías! Ulla es implacable y tiene sed de sangre. ¡Tu muerte es segura! ¿Es que no lo entiendes?

Lo cierto es que a Tabal no le faltaba razón. Aparte de la superstición, la hechicera tomó la decisión de matarla al contemplar la belleza de la chica. La peculiaridad de aquellos senos tan grandes hubiera hecho que los hombres enloquecieran y se enfrentaran por poseerla. Su mera existencia era un motivo de discordia, y a buen seguro que originaría disputas entre ellos, como de hecho ya había ocurrido. La astuta vieja sabía lo que hacía: Umma era peligrosa para mantener la integridad de la tribu, y la supervivencia de todos se veía amenazada.

—¿O es que quieres ser la mujer del tuerto? —añadió Tabal.

La chica negó fuertemente con la cabeza.

—Ni yo lo consentiría —confirmó él—. Venga, vámonos ya.

—¿A dónde iremos? —preguntó Umma, algo recuperada.

—Al norte.

—¿Qué esperas encontrar ahí?

—No lo sé. Nunca hemos llegado tan lejos. Pero los animales van hacia allá, y hemos de seguirlos si queremos comer. De momento tenemos que llegar a aquellas montañas —las señaló—, si no queremos que nos atrapen esta misma noche. Mis huellas son difíciles de seguir, pero las tuyas no.

—No entiendo por qué no nos han alcanzado ya.

—Porque todavía no han salido tras nosotros. Ator lo habrá intentado, pero los hombres se habrán negado. Los tigres «dientes de sable» ven en la oscuridad y son peligrosos.

—¿Por qué no ha salido él solo?

—Tiene una conmoción. Muchas veces he visto esos golpes dados por animales, y, si no ha salido ya, entonces estará así toda la noche. ¡Tenemos que llegar a esas montañas antes de que amanezca! —volvió a apremiar—. Con algo de suerte, nuestras huellas se perderán en la roca desnuda y desde allí podremos tomar cualquier dirección.

Umma se resignó y comenzaron otra vez a correr, parándose a intervalos cada vez menores ante la desesperación de Tabal. Finalmente, no se encontraron con ningún tigre, y el sol ya estaba sobre el horizonte cuando llegaron a las montañas. Allí se refugiaron en una oquedad entre las rocas que el chico recubrió con ramas secas. Era un promontorio adecuado para avistar a sus perseguidores, y tenían suficiente margen de ocultación para desplazarse hacia otro lado en caso de necesidad. Pero él no las tenía todas consigo. Comenzó a ponderar que habían cometido un error, y los hombres de la tribu se dispersarían por la zona en cuanto se perdieran sus huellas. A buen seguro que darían con él y tendría que matar a alguno de sus compañeros, si es que no le mataban antes a él y se llevaban a la chica. Una chica exhausta que ya era una carga en toda regla.

Umma se había quedado dormida en cuanto se tumbó, y él la dejó descansar mientras decidía cuál serían sus siguientes pasos. Al cabo de un rato la despertó y le dijo:

—Vamos, tenemos que continuar.

—¿Hacia dónde?

—De momento, hacia arriba. No tenemos agua y en la llanura no la encontraremos. Espero encontrar algún resto de nieve en la cima. Venga, iremos despacio.

A las pocas horas la expedición formada por Ator y cuatro hombres más había llegado a la base de las montañas. Como las huellas se habían perdido, se desperdigaron por la zona y quedaron en reunirse al mediodía en el campamento base. En ese momento llegó Ulla, con los dos hombres que faltaban, y el jefe le puso al corriente:

—Tienen que estar por aquí, descansando. Esa mujer debe estar agotada, y además no tienen agua.

—Subiremos a la cima —dijo la vieja—. Allí los atraparemos.

Pero la cima no era un lugar único, sino que se conformaba como un conjunto de picos más o menos dispersos. Los ocho miembros de la tribu se separaron en grupos de a dos y comenzaron el rastreo, quedándose la hechicera con Ator.

Mientras tanto, ya bien avanzada la tarde, los fugitivos habían cargado de nieve derretida varios buches de paloma que llevaban, y se los ataron con cintas de mimbre a la cintura. En la distancia ya habían visto a dos de sus perseguidores, y se detuvieron a decidir qué hacer.

—Yo necesito descansar, Tabal, y tú también. Debemos quedarnos por aquí a pasar la noche.

—Entonces seremos muertos, Umma. Si ellos hacen lo mismo, por la mañana nos alcanzarán. No podemos estar siempre en estas montañas para ocultar las huellas. Aquí no hay comida, y en la llanura…

—Sí, ya lo sé. Pero nos alcanzarán tarde o temprano si seguimos hacia el norte. Ellos harán lo mismo.

Tabal cerró los ojos y apretó los puños, pues ella tenía razón. El frío era intenso y se sentía con intensidad, a pesar de ir abrigados con pieles de venado. Debían salir de allí cuanto antes, pero en cualquier caso, eso solo retrasaría su captura. Umma le notó la desesperación y lejos de reprocharle, le dijo con suavidad, mientras le acariciaba:

—Vamos, Tabal. No irás a rendirte ahora…

Él sonrió y se abrazaron, juntando sus rostros. Después se miraron y estuvieron a punto de besarse, si no hubiera sido porque oyeron un ruido a su derecha. En efecto, a unos cien pasos de donde estaban, se encontraba parado un tigre «dientes de sable», mirándolos fijamente. Sus pupilas iluminadas se clavaban en las dos figuras que tenía enfrente, que se quedaron inmovilizadas presas del terror. El animal rugió y un par de cuchillos afilados del tamaño de una mano extendida brillaron a la luz de la luna. Los muchachos se dieron la vuelta y comenzaron a correr ladera abajo, pero Umma se resbaló y comenzó a rodar por el musgo seco que impregnaba la ladera, y que a duras penas amortiguaba los golpes que se daba en la bajada. Tabal seguía manteniendo el equilibrio, pero el tigre estaba cada vez más cerca de ellos. Por fin, en el último suspiro, la chica entró en una estrecha oquedad entre dos rocas y él hizo lo propio refugiándose junto a ella.

Los dos se tumbaron en el suelo, pero la zarpa del animal llegaba hasta sus ropas y de hecho se enganchó varias veces las uñas en las costuras de las pieles de venado. Entonces Tabal intentó usar su lanza que había quedado debajo de él, pero la maniobra solo sirvió para que recibiera un fuerte arañazo en el costado que le hizo gritar de dolor. Umma estaba prácticamente debajo y apenas podía moverse, excepto de forma lateral. Entonces, con la mano que tenía libre se desató su tapa-pubis y lo agitó contra el tigre para despistarlo, momento que aprovechó Tabal para agarrar por fin la lanza e insertar un fuerte puntazo con la misma en la pata del animal. Este rugió con fuerza y se retiró ligeramente de la entrada de la oquedad. Pero el hambre era más fuerte que el dolor, e insistió de nuevo con los zarpazos. Fue una mala idea. De nuevo, otro lanzazo le obligó a retirar la zarpa y el animal comprendió que no sacaría nada en claro de aquellas presas.

—¿Estás bien, Tabal?

—Me escuece mucho…

Umma se giró hacia la derecha para intentar mirar en diagonal, y entonces fue cuando vio al tigre que se marchaba. Después se levantó y sacó uno de sus buches de paloma, intentando lavar la herida del costado de su acompañante.

—No deberíamos malgastar agua —interpeló él.

—Es mi agua y hago con ella lo que quiero —miró hacia la luna, que ya se mostraba radiante sobre el horizonte—. Además, a estas horas yo ya debería estar muerta, con lo que, como te dije, he triunfado sobre la muerte.

Tabal sonrió y se apartó de ella para también poder mirar. Después dijo:

—El tigre se ha marchado, pero no estará lejos. Debemos quedarnos aquí a descansar hasta el amanecer. Después, me temo que tendré que luchar contra él.

—¿Luchar contra el tigre?

—Sí —afirmó, con seriedad—. Sabe que estamos aquí y nos esperará.

—Pero, ¿podrás hacerlo? ¿Y tu herida?

—La herida no es profunda. Se curará. Mañana en la refriega no la sentiré.

—Pero…

—Prefiero luchar contra él que hacerlo con Ator. Lo más seguro es que la fiera me mate, pero al menos tú podrás huir mientras me devora.

—¡Oh, Tabal! ¡No digas eso!

—Las mujeres no estáis acostumbradas a ver estas cosas, pero yo vi una vez una lucha de tres hombres con lanzas contra uno de estos tigres, y a los tres los mató. No creo que tenga ninguna posibilidad —sentenció—. Pero ahora, a dormir.

El tigre

Al estar tan juntos no pasaron frío, y a pesar de la postura tan incómoda, no se despertaron hasta bien entrado el día. Habían permanecido abrazados durante toda la noche, hasta que él se incorporó ligeramente, sacando la cabeza por encima de una de las rocas que formaban aquel refugio.

—Debe de estar por las inmediaciones. Tengo que salir.

—No, Tabal, no quiero verte morir…

—Si nos quedamos aquí, moriremos de todas maneras —aseguró, levantándose, pero ella le agarró de la mano llevándole hacia sí para darle un beso. Él sonrió y salió al exterior.

La ladera sobre la que se encontraban era un conglomerado de piedras graníticas con algunos pinos dispersos aquí y allá; insuficientes para poder esconderse del tigre o de los hombres de la tribu. Entonces se agachó y se dispuso a marchar reptando para explorar el terreno, pero ya era demasiado tarde. Le habían avistado en cuanto que asomó la cabeza.

—¡Alú, Alú! —gritó uno de los hombres—. ¡Están aquí!

A menos de doscientos pasos por encima de ellos se hallaba Shacat, que hacía señas a su compañero indicando el lugar donde se encontraban. Como buen rastreador, no cometió la torpeza de girar la cabeza hacia Alú cuando lo llamó, y Tabal no pudo saber dónde se encontraba este.

Inmediatamente, sacó a Umma del refugio y la agarró de la mano, disponiéndose a huir por el camino más fácil, el más apropiado para la muchacha. Pero esta no podía correr demasiado, pues las magulladuras que había sufrido el día anterior, cuando rodó por la ladera, le dolían, y entonces le dijo:

—¡Sálvate, Tabal! ¡No sigas conmigo!

—¡Jamás te abandonaré! ¡Vamos!

Pero la huida no duró demasiado. A unos cuarenta pasos de donde se encontraban apareció Alú que emergía tras un repecho, y Shacat estaba ya a una distancia similar detrás de ellos. Entonces comenzaron a ascender otra vez, sabiendo que les agarrarían de forma inmediata. La esperanza del chico era poder llegar a unas rocas más arriba, siempre a mayor distancia del tiro de lanza, donde podría parapetarse e intentar luchar cuerpo a cuerpo desde una posición más elevada.

Estuvieron a punto de conseguirlo, cuando una lanza se clavó en el suelo justo a dos codos por detrás de ellos. Sus perseguidores estaban ya demasiado cerca y Tabal lanzó una de las suyas contra ellos, que no llegó a alcanzarlos. La captura era ya inminente, y los dos guerreros siguieron ascendiendo para atraparlos, cuando entonces sucedió el milagro: el tigre dientes de sable emergió por encima de la roca y se lanzó contra los dos hombres, descargando todo su peso sobre Alú que murió aplastado. Shacat tuvo algo más de reflejos y consiguió hincar una lanza en el costado del animal, pero no con la suficiente fuerza para evitar que, a continuación, el tigre se lanzara contra él atravesándole el cuello con uno de sus sables.

Umma y Tabal se encontraban agazapados bajo la roca, contemplando la escena con los ojos abiertos como platos. Enseguida, el muchacho comprendió que no se había lanzado contra ellos a pesar de estar más cerca, porque estaban ocultos bajo la misma piedra sobre la que el animal se había abalanzado.

Sea como fuere, los dos seguían vivos, aunque su corazón les latía a toda velocidad a pesar de estar paralizados por el miedo. El tigre, hambriento, estaba devorando ahora el abdomen de Shacat con gran voracidad, y entonces aprovecharon con sigilo para intentar huir. Poco a poco se desplazaron hacia un lado, hasta que lo perdieron de vista tras un promontorio, y entonces huyeron a toda velocidad. Umma ya no sentía las magulladuras y corrió casi tanto como su compañero, hasta que llegaron a un pequeño valle entre las montañas donde se detuvieron, totalmente exhaustos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó la chica, jadeando.

Tabal terminó de recuperar el resuello y miró a su alrededor. Tras unos instantes, dijo:

—Si nos ven avanzar por la ladera, nos pueden divisar desde lejos. Tenemos que escondernos. Es menos probable que nos vean si no nos movemos. La sierra es grande y con un poco de suerte no nos encontrarán. Sobre todo, ahora que han perdido a dos; son dos menos para extenderse por ahí y buscar.

—¿Hasta cuándo tendremos que estar escondidos?

—Hasta que anochezca. Entonces ellos dormirán. Nos detendremos hasta entonces… junto a esas rocas —señaló a su derecha—. La luna tardará en salir y marcharemos en la oscuridad.

—¿Hacia dónde? ¿Hacia el norte?

Él asintió.

—¡Pero ellos irán allí! —advirtió Umma constatando un hecho—. ¿De qué sirve tomar otra ventaja si en una o dos jornadas ya estarán sobre nosotros?

Tabal giró la cabeza y miró hacia el horizonte. La chica tenía razón. Entonces pareció sopesar algo, y fue cuando se decidió:

—Pues entonces iremos hacia el este.

—¿Hacia el este?

—Sí.

—¿Qué hay en el este?

—El desierto.

—¿El desierto?

—Sí. No nos seguirán por allí. Nadie en su sano juicio se atrevería a marchar a ese lugar.

—¡Ah! Y nosotros, ¿entonces? ¿Estamos locos o qué?

Tabal sonrió y la miró con ternura:

—Tú eres inmortal, ¿verdad? Espero, si yo estoy contigo, también llegar a serlo.

El desierto

Con la última luz del día llenaron todos sus buches de paloma con la suficiente agua obtenida de algunos pozos de nieve sobre los que no daba el sol. Hasta que salió la luna, caminaron iluminados solo por las estrellas y bajaron la montaña casi a tientas, hasta que pudieron ver lo suficiente para acelerar el paso.

Cuando llegó el día, recogieron algunas bayas, las últimas que se podrían encontrar antes de llegar al temido desierto, y durmieron a la sombra al abrigo de un repecho de rocas con la intención de volver a marchar de noche.

Estaban exhaustos. Tanto, que la noche les sorprendió dormidos.

Cuando se despertaron, el mundo aún estaba sumido en una profunda y tranquila oscuridad, en un hondo silencio, mientras que el cielo permanecía cubierto por un manto de estrellas que brillaban intensamente en la negrura infinita.

Era la hora de marchar, y los dos se abrazaron y se besaron para darse ánimos en el largo camino que les esperaba a través de lo desconocido.

Fue mucho después, cuando habían caminado hacia la púrpura profunda que indicaba el punto cardinal por donde salía el sol, cuando la oscuridad de la noche comenzó a ceder ante los primeros rayos del amanecer. En esos momentos, delicados y tenues colores comenzaban a iluminar el horizonte, creando un espectáculo de luces y sombras en las dunas de arena.

A medida que avanzaban se dejaba sentir el suave silbido del viento que serpenteaba a través de los contornos ondulados de las dunas, mientras que sus sombras se volvían más definidas a medida que la luz aumentaba gradualmente, revelando su suave textura. Las mismas sombras que se proyectaban detrás de ellos, según avanzaban.

Ya habían ganado bastante terreno cuando el astro rey impuso su dictadura de calor sobre sus cabezas. El sol se cernía ahora sobre ellos como un horno implacable, haciendo que sus gargantas se resecaran y sus labios se agrietaran. Los rayos inmisericordes se filtraban a través de las montañas y de las dunas, iluminando el paisaje con una luz intensa casi blanca que hacía que las sombras se desvanecieran lentamente, revelando una gama de colores de matiz intenso. Cada grano de arena parecía brillar con una luz propia, creando un efecto deslumbrante y también desolador.

No tenía sentido seguir avanzando, y se detuvieron a descansar y a beber las últimas gotas de agua que les quedaban. Hallaron un pequeño macizo rocoso y descansaron sobre un promontorio donde no daba el sol.

Pero entonces, surgió la desgracia. Tabal no había terminado de inspeccionar el lugar cuando de repente sintió un agudísimo y punzante dolor que le perforó la piel por encima del tobillo. Una serpiente acaba de morderlo, y tras gritar de forma desgarrada, el chico instintivamente la golpeó con el extremo romo de su lanza, procediendo esta a retirarse velozmente mientras él caía al suelo.

Pero Umma no perdió el tiempo. Aun con los ojos llenos de terror, actuó con rapidez y con manos temblorosas se desató la cuerda con que sujetaba los buches de paloma a su cintura y ató firmemente la pierna herida para detener el avance del veneno. Sus ojos reflejaban determinación mientras miraba a Tabal. «Vas a estar bien», murmuró, aunque la preocupación y el miedo se reflejaban en su voz. Después lo agarró y lo arrastró hacia la sombra, buscando refugio. Tabal jadeaba, el veneno de la serpiente comenzaba ya a hacer su efecto, con su piel enrojeciendo y su corazón latiendo descontroladamente.

La chica hizo una mueca de dolor mientras luchaba por mantenerse fuerte. Tabal mantenía los ojos cerrados, apretados con fuerza, mientras su frente se perlaba de sudor. Umma derramó las últimas gotas de agua que le quedaban sobre sus labios, y él pareció reconfortarse ligeramente. Le habló suavemente, tratando de mantenerlo despierto y reconfortándolo con palabras de aliento… Pero Tabal se marchaba. Había visto muchas veces las mordidas de esas serpientes, y las víctimas tardaban solo unos minutos en morir.

Entonces recurrió a lo único que le quedaba por hacer, y dijo, en voz alta y mirando al cielo:

—¡Oh, Dios mío! ¡Tú, único y altísimo Señor! ¡A ti te invoco! ¡Salva a Tabal! ¡Sálvalo! —exclamó, con una voz desgarrada y profunda, llena de sentimiento, para a continuación volcarse a llorar sobre el pecho de su amado.

Las lágrimas brotaron y brotaron sin cesar de sus grandes ojos rasgados, mientras el muchacho cada vez se sentía peor. Umma se vaciaba sobre él implorando sin descanso el favor de Aquel que era su única esperanza…

Y sus plegarias no tardaron en ser escuchadas. Al poco tiempo, aquellos fortísimos relámpagos que habían visto los días anteriores se dejaron ver de nuevo golpeando la tierra de las proximidades. Umma se asustó, pero en su interior sabía que aquello no era sino una señal del Altísimo, un síntoma reconfortante de que ese dios, el único Dios, estaba de su parte.

Tabal dejó de temblar, la fiebre cesó y el sudor desapareció lentamente. Él miró a los ojos de su amada y le sonrió débilmente, agradeciéndole en silencio su valentía y cuidado. A continuación, se sumió en un profundo sueño con el rostro mostrando una relativa calma.

—¡Duerme, amor mío! ¡Duerme! —le susurró, acostándose también a su lado y abrazándole con suavidad.

Pasaron horas bajo las rocas del desierto con el calor del día cediendo gradualmente ante la caída del sol. Umma no se movió de su lado, sosteniendo a Tabal y consolándolo cada vez que se despertaba.

La noche finalmente envolvió al desierto, trayendo consigo una brisa fresca y un cielo estrellado. Aunque el peligro había pasado, Umma y Tabal permanecieron juntos bajo las rocas, compartiendo el calor de su mutuo apoyo en la vastedad del desierto.

El desierto, testigo silente de su prueba de supervivencia, parecía susurrar historias de resistencia y valentía mientras la pareja se preparaba para enfrentar el nuevo día, que seguramente también estaría cargado de peligros.

Odisea

Y estos no tardaron en llegar.

Con el paso de las horas y la llegada del día, Tabal estaba prácticamente recuperado; tan solo cojeaba ligeramente. Pero eso no representaba un excesivo problema. Simplemente, hacía que el paso de los dos estuviera acompasado sin necesidad de que él aflojara la marcha. Ambos estaban ahora en igualdad de condiciones.

El problema era que se les había acabado el agua, y hacía días que no habían probado bocado. Por si fuera poco, en su avance hacia el este, una gran tormenta de arena se les echó encima. En mitad de la nada, el viento soplaba de forma impetuosa mientras pequeñas piedrecitas impactaban en sus rostros y les golpeaban la piel. Ingratos granos de polvo y partículas ariscas de arena les acosaban y pinchaban como minúsculas agujas de espino que danzaban en el aire seco. El avance se hacía imposible y se detuvieron a guarecerse al amparo de unas rocas hasta que amainase el viento.

Pero este tardó en hacerlo y los novios se desesperaron.

—¡Oh, Tabal! ¡Moriremos! —lloró Umma.

—¡No moriremos! ¡Tú no puedes morir! —intentó el héroe infundir esperanza—. Y si yo lo hago, los últimos días de mi vida habrán merecido la pena. Haber estado a tu lado ha sido lo mejor que me ha pasado, y solo por eso, moriré feliz.

Los dos se abrazaron y se besaron, y tras hacerlo, el viento comenzó a ceder. Poco a poco, los granos de arena que danzaban en el aire formando torbellinos feroces se fueron depositando en el suelo, y tras hacerlo, llegaron las lluvias.

Sí. Por fin llegaron las lluvias. Durante dos jornadas con sus noches no cesó de llover de forma intensa y los fugitivos pudieron beber agua en los cuencos naturales que llenaban los recovecos de las rocas, mientras se formaban pequeñas lagunas en algunos barrancos.

Dos días de alivio momentáneo en los que al menos, la amenaza de la muerte por deshidratación se alejó.

Al tercer día salió el sol y la pareja, muy debilitada pero reconfortada por el agua, siguió avanzando. No quedaba más remedio que avanzar, pues no hacerlo significaba la muerte.

En las vastas extensiones de un desierto sin fin, donde las dunas se estiraban como olas congeladas y el sol pintaba el cielo de naranja ardiente, dos almas jóvenes luchaban por sobrevivir.

Su viaje comenzó como una aventura audaz, pero pronto se convirtió en una lucha desesperada por encontrar agua y comida en un paisaje desolado. Las nubes quedaron atrás y no volvieron a aparecer.

Agua y comida… El agua se terminó agotando y ya hacía días que no hacían otra cosa que estrujar el fondo de sus buches de paloma para extraer los últimos retazos de humedad. Y la comida… Ya no recordaban ni cuándo fue la última vez que se llevaron algo a la boca que no fueran sus besos.

Caminaban con pasos cansados, sus pies descalzos tocaban la arena caliente y sus rostros estaban marcados por el polvo y el sol.

Umma cayó sobre la arena, derrotada, y Tabal intentó levantarla, algo que solo consiguió hacerlo después de grandes esfuerzos.

Continuaron caminando, siendo él quien miraba al frente, pues su amada apenas podía ya hacerlo. Ella se limitaba a arrastrarse con pasos erráticos, siendo sostenida por los fuertes brazos de Tabal.

Por fin llegaron a una colina, que a priori parecía solo una más de las muchas que habían subido y bajado durante aquel viaje. Pero desde allí contemplaron algo que parecía demasiado bueno para ser real: un destello de verdor en la distancia.

¿Sería un espejismo? El chico hizo mirar a Umma en aquella dirección para comprobar si ella también veía lo mismo, y sus ojos entrecerrados se abrieron de repente.

—¡Un oasis! —gritaron los dos.

Con fuerzas renovadas corrieron hacia él, dejando atrás el cansancio y la desesperación. Aquel punto verde estaba lejos, pero la alegría era el motor que movía sus piernas, y no tardaron en alcanzarlo.

Cuando llegaron, se encontraron ante un oasis deslumbrante con palmeras que se mecían suavemente en la brisa, con un estanque de aguas cristalinas y frutas maduras que colgaban de las ramas. Se arrodillaron junto al agua y bebieron con avidez, dejando que las lágrimas de alivio se mezclaran con el frescor del líquido vital.

La tierra estaba cubierta de flores de vivos colores, y el aire impregnado con el dulce aroma de la naturaleza. Una suave brisa movía las hojas de los árboles, creando una sinfonía tranquila y serena. Se adentraron en el oasis, dejando que la hierba suave acariciara sus pies descalzos y descubrieron frondosos árboles frutales cargados de deliciosas y jugosas frutas cuyas ramas se doblaban bajo el peso de manzanas, naranjas, mangos y otras exóticas delicias.

La dicha inundó sus corazones mientras devoraban aquellos manjares, sintiendo cómo la energía y la vida volvían a sus cuerpos. En ese momento, se miraron el uno al otro, compartiendo una conexión profunda que solo aquellos que han sufrido juntos pueden entender. En su mirada, se leía gratitud, amor y la promesa de que, a partir de ese día, serían un faro de esperanza el uno para el otro en medio de las dificultades de la vida.

Tras haber superado innumerables desafíos y haber caminado a través del abrasador desierto, Umma y Tabal se encontraron ante un paraíso inesperado. Ante ellos se extendía un oasis fértil y exuberante en medio del vasto y árido páramo.

Se dieron cuenta de que habían encontrado algo más que agua y comida; habían descubierto un hogar, un refugio en medio de la implacable naturaleza, un paraíso, un edén.

Y no tardaron en aprovecharlo. Después de comer y de saciarse, los dos se desnudaron y se bañaron, se rieron y jugaron, y cuando salieron del agua, se acariciaron, se besaron e hicieron el amor.

Pareciera como si todas las penas, todos los sinsabores, el miedo, el dolor, el hambre y la sed no hubieran sido más que una pesadilla en medio de la noche, un desasosiego momentáneo que se había transformado en goce y amor. Umma y Tabal, los dos se saboreaban el uno al otro…

Hasta que una lanza se clavó a escasas pulgadas de sus cuerpos desnudos.

Ator, los había encontrado.

El Edén

De los ocho hombres que iniciaron la persecución, dos fueron devorados por el tigre de dientes de sable y otros dos perecieron también en aquellas montañas atacados por un oso.

Cuando se perdió su rastro en la sierra, el tuerto quiso marchar hacia el norte como estaba previsto, pues era el camino previsible que tomaría Tabal. Pero la hechicera tuvo una visión: los dioses, o mejor dicho, el Demonio, le comunicó que tenían que marchar hacia el este, y así se lo hizo saber a Ator. Este dudó, pero desde que la vieja descubrió aquel pozo en medio de la nada el día que mataron al uro, se fiaba a pies juntillas de su criterio.

Pero los otros dos hombres no estaban tan conformes con viajar al desierto, y protestaron airadamente. Aun así, obedecieron, pero no tardaron en encontrar la muerte. Uno de ellos se despeñó por un precipicio y el otro fue picado por la misma serpiente que mordió a Tabal, muriendo enseguida.

Solo quedaban ya dos en aquella expedición de captura, los dos más malvados: Ulla y Ator, cegados por el odio, no cedieron en su determinación por apresar a los jóvenes y darles muerte, y como movidos por el mismísimo diablo, aguantaron el frío, el calor, el hambre y la sed en una encarnizada persecución que por fin había dado sus frutos.

Tabal había abandonado sus armas a la entrada del oasis y se mostraba indefenso ante el ataque de Ator. Intentó recoger la lanza que se había clavado a su lado, pero el impacto contra el suelo había sido tremendo y la punta se había destrozado. Umma se guareció tras de él, y la pobre muchacha comenzó a temblar de miedo, con el corazón latiéndole a toda velocidad.

Mientras tanto, Ulla se reía a carcajadas, con una risa maléfica, como si fuera el mismísimo diablo quien se riese en su interior. Los dos se acercaron más a la pareja y Ator levantó otra lanza para fulminar al muchacho. Tabal se dio por muerto, pues a esa distancia el tuerto no podía fallar. Pensó en huir, pero eso expondría a la chica, y antes de que muriese ella, moriría él.

Ator sonrió y cuando fue a lanzar…

No pudo completar el tiro. Un rayo del cielo impactó directamente sobre la lanza, reduciéndola a cenizas y fulminándolo también a él. Un instante después, otro relámpago hizo lo propio con Ulla y los dos se convirtieron en una escoria negra que fue tragada de inmediato por la tierra.

Los dos muchachos se miraron sin comprender muy bien lo que había pasado. Tras el rayo que fulminó a sus enemigos, un viento suave comenzó a soplar desde el centro del paraíso, y tras un árbol frondoso apareció una figura. Era un hombre resplandeciente que los llenó de terror.

Umma seguía protegida tras el chico y este volvió a echar de menos sus armas. El recién llegado le leyó el pensamiento y le dijo:

—No temas, Tabal, porque has encontrado gracia ante Dios.

En ese momento los dos se tranquilizaron, y el muchacho preguntó:

—¿Quién eres? ¿Eres Báloc?

—Mi nombre es Gabriel y soy el mensajero del Dios Altísimo, el único que existe.

Los jóvenes se quedaron perplejos, y una gran paz inundó su espíritu. Gabriel siguió:

—El Señor ha visto la bondad en vuestros corazones y os ha elegido para formar una gran familia —hizo una pausa—. Tú, Tabal, desde ahora te llamarás Adán, y tu mujer se llamará Eva, y seréis los padres de todos los vivientes. Habitaréis en este paraíso y todo esto será vuestro y de vuestra descendencia, viviendo eternamente y en plenitud.

—¿Todo esto es para nosotros? —preguntó Eva, mirando a su alrededor.

—El Señor os ha traído a este jardín para que lo gocéis y lo poseáis enteramente. Tan solo hay una condición: en este lugar que ha sido hollado por el Diablo —Gabriel señaló al sitio donde hacía unos instantes habían sido fulminados sus enemigos—, crecerá un árbol de cuyos frutos no podréis comer. Podréis gustar de todos los frutos de este jardín, menos los frutos del árbol de la Ciencia del Bien y del Mal. Solo a Dios adoraréis y solo a Él lo serviréis, como ya hacen desde la eternidad los ángeles en el Cielo, lugar al que estáis destinados para vivir eternamente y en plenitud cuando finalice vuestra vida en la Tierra.

Adán y Eva se giraron, y agarrados de la mano contemplaron otra vez la herencia que les había correspondido. Hasta donde alcanzaba la vista no se veía otra cosa más que palmeras y árboles llenos de frutos, mientras multitud de torrentes de agua cristalina enervaban el frondoso césped y se descargaban en tranquilas lagunas que salpicaban aquel vergel multicolor.

Los dos se abrazaron y se besaron, y después se volvieron hacia Gabriel, quien asintió, con una sonrisa.

A continuación, la pareja se arrodilló y ambos inclinaron sus cabezas.

—He aquí los siervos del Señor —dijo Adán—. Hágase, según su voluntad.

—Que así sea —confirmó Eva.

El ángel bendijo a los dos con su mano derecha y enseguida se marchó. Entre tanto, ya comenzaba a brotar de la tierra el árbol maldito.

Epílogo

Como todos ustedes saben, al final nuestros protagonistas desobedecieron a Dios, y, engañados por el Diablo, quisieron equipararse a Aquel que les dio la vida. Como consecuencia de ello fueron expulsados del Paraíso y obligados a volver al mundo del cual procedían. Allí, su descendencia se juntó con los descendientes de otras tribus al este del Edén, siendo su progenie numerosa. Con el tiempo, no quedó nadie en la Tierra que no pudiera trazar sus orígenes a la primera pareja elegida por Dios.

A pesar de todo, a pesar de volver al estado de necesidad, Él no se retractó de sus promesas, y aunque privados del goce terrenal, la estirpe de Umma y Tabal siguió siendo inmortal y destinada a un goce si cabe mayor en otro Paraíso fuera de la Tierra.

Pero esa ya es otra historia. La historia más maravillosa jamás contada, protagonizada por el mismísimo Hijo de Dios. Una historia que está escrita en un libro muy famoso, y que probablemente usted tenga en su casa. Léalo, y le cambiará la vida.

Nota del autor

Esta historia se publicó originalmente formando parte de una novela denominada “La Era de las mujeres”. Aquí se ha desarrollado y extendido un poco más. Si te ha gustado leerla, puedes completar el cuento y ubicar el relato en su contexto, descargando aquella.

La puedes obtener en el mismo sitio donde has obtenido esta, o bien en los siguientes enlaces:

https://sites.google.com/view/jg-millan

https://archive.org/details/la-era-de-las-mujeres

Puedes contactar con el autor escribiendo un correo a:

xanticore@live.com